This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

+ *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.

+ *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.

+ *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.

+ *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at `http://books.google.com/`

Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

Normas de uso

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

+ *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.

+ *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.

+ *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.

+ *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

Acerca de la Búsqueda de libros de Google

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página `http://books.google.com`

F1213
R79
1848

MISCELÂNEA.

MISCELÁNEA

DE

Escritos Descriptivos

POR

D. Luis de la Rosa.

Vade, liber, verbisque meis loca grata saluta.
Ovid. Trist

MEXICO:

Imprenta de Lara, calle de la Palma número 4.

1848.

INTRODUCCION.

STA obrita comprende la descripcion de los mas hermosos paisages de México que yo he podido observar, y cuyas bellezas he procurado bosquejar ligeramente. Tales son el Aguacerito de Zapopan, el magnífico volcán del Popocatepetl, Chapultepec, el Rio de Jonacatlán y el Desierto de Cuajimalpa. He descrito tambien en esta Miscelánea algunos grandes meteoros, como la Tempestad y las Culebras de Agua, segun el aspecto con que se presentan en algunas de las comarcas de la República. Se hallará á mas de esto en este escrito, la descripcion ó bosquejo de algunas escenas campestres, que he tenido ocasion de estudiar muy detenidamente. A este género pertenecen la Caza de la liebre, la Arpa de una cuerda, un Arbol, las Bellezas del otoño y la Caida de las hojas. Tambien he procurado

amenizar esta coleccion con la descripcion de algunos animales salvages, como el Caballo, el Toro y el Ciervo, y de algunas aves hermosas ó canoras, como el Cenzontle, el Chuparrosa, el Pavo-real y las aves acuáticas. He descrito otros objetos fugitivos ó de poco interes, como son los que se verán en los artículos que he titulado: La Miel de las flores, una Niña cogiendo mariposas, la Ultima hora de la tarde, el Susurro de la noche, la Claridad de la Luna, una Nube, el Relámpago, las Mariposas y los Sueños.

Otros artículos de esta Miscelánea pueden llamarse morales ó filosóficos por su objeto; pero son tambien descriptivos por el estilo en que están escritos. A esta clase pertenecen los siguientes: Un Pensamiento feliz; los Recuerdos de la Niñez; Una Hora de fastidio; el Suicidio; la Soledad, y la Conversacion y la Lectura.

En esta obrita se hallará unidad de estilo pero no de plan; porque nunca tuve el designio de formar una grande coleccion de estas descripciones. La casualidad me hizo formar la primera de ellas; despues hallé una especie de entretenimiento en escribir estos bosquejos en las horas de descanso que me dejaban mis ocupaciones, en los ratos de fastidio que suele uno sufrir en la vida del campo, ó en las noches cansadas y tristes que se pasan algunas veces en la soledad, principalmente en el Otoño y el Invierno. Un dia que paseaba por los alderedores de Guadalajara ví con sorpresa y con placer un manantial que allí se llama *el Aguacerito de Zapopan*, uno de los paisages mas pintorescos y risueños de la República. Me recreaba á mis solas recordando las bellezas de aquel precioso cuadro, y me sentí con deseos de describirlo; escribí mi descripcion, y se publicó con elogio en el *Mosaico Mexicano*, periódico pintoresco y literario. Esto me animó á buscar otros paisages que describir. Ví, pues, la Cascada del rio de Jonacatlán, la hermosa y amenísima barranca por donde pasa el mismo rio, y el magnífico Lago de Chapála. Despues examiné detenidamente otras hermosas perspectivas, como las de Chapultepec, el Popocatepetl y Cuajimalpa, y habituado ya á buscar en la naturaleza lo bello y pintoresco, me ejercité en describir la Lluvia y la Tempestad, las escenas campestres, los animales salvages, y principalmente las aves, de las que he hecho un estudio particular, que me ha proporcionado muchos deleites. Sin pensarlo, pues, he ido acopiando las descripciones que forman esta Miscelánea. La mayor parte de ellas han sido escritas en el retiro de la vida campestre, y quizá por eso se nota en ellas un cierto tinte sombrío, una especie de melancolía que siempre infunde al hombre la soledad; pero que nunca puede con-

fundirse con esa misantropía atroz y bárbara, que ha inspirado à muchos escritores romànticos de nuestro siglo tantas descripciones de espectros, de sombras y de crímenes.

Para dar à esta Miscelánea algun interes mas del que acaso pueden excitar algunos de sus artículos, me proponia yo publicar en ella una série de *descripciones de objetos bíblicos*, algunas de las que han aparecido ya en los periódicos, y que despues he revisado y corregido, como la *Caida de Satán*, *Job*, *David*, *Cain*, la *muerte de Abel*, el *Ecce-Homo*, la *Oracion del Huerto*, *Consumatum est*, etc., y otras que tengo inéditas, como *Moisés en el Sinaí*, una *escena del Diluvio*, la *Muger vestida del Sol*, y el *Hijo pródigo;* pero Dios lo ha dispuesto de otro modo; y teniendo que dejar mi pais dentro de poco tiempo, interrumpo ya esta publicacion, cortándola en el punto á que habia llegado, con la misma celeridad con que el tejedor corta su tela. Si Dios me concediere volver á mi patria despues de haber recorrido una gran parte de los Estados-Unidos de América, y despues de haber visto sus rios, sus lagos y cascadas, sus montañas, sus bosques y florestas, yo podré aumentar esta Miscelánea con descripciones que le darán un interes que ahora no tiene.

Defectuosa como es esta obra, la dejo como un recuerdo á mis amigos, y principalmente á los poetas y literatos de mi pais, cuyos escritos me han inspirado muchas de las imágenes y pensamientos que se verán en estas descripciones. La juventud estudiosa que acaso leerà esta Miscelánea, no hallará en ella poesía ni modelos de buen gusto; pero su lectura podrá inspirarle el deseo de conocer y describir las bellezas que la naturaleza presenta en nuestro pais, sus escenas campestres tan animadas y brillantes, y las perspectivas variadas y magníficas que ofrece bajo diferentes climas el aspecto físico de México. Yo aconsejaré á los jóvenes que se dediquen á describir esos objetos: que no se dejen arrebatar de las primeras impresiones: que observen y contemplen la naturaleza: que la estudien en la soledad profundamente: que se concentren en sí mismos para meditar en las bellezas que han de describir: que no hagan abortar jamas sus pensamientos: que no sea confidente de ellos sino Dios, hasta que una chispa de su divina inspiracion los vivifique y los encienda. Muchas veces he escrito yo con precipitacion descripciones fugitivas de objetos pasageros; pero cuando un objeto grandioso ha excitado vivamente mi atencion por su belleza, cuando he visto en él los destellos de la sabiduría de Dios, cuando á su aspecto me he conmovido con un sentimiento elevado y verdaderamente religioso, jamas lo he descrito, sino despues de haberlo contemplado y meditado sobre él profundamente.

prudencia, á esa venturosa situacion de nuestra vida, en la qué los afectos son vivos sin impetuosidad, la imaginacion es fecunda sin melancolía, y la virtud es mas bien una necesidad, que el resultado de grandes sacrificios?... ¿No dice Jesucristo que si queremos la verdadera felicidad debemos hacernos como niños? ¿No nos aconseja, que á la sencillez de la paloma, reunamos la sagacidad de la serpiente? Sin duda no es imposible conciliar estas virtudes, y debemos esperar que el hombre, siempre perfectible, depurará alguna vez su corazon hasta un grado que en la actual corrupcion de las costumbres parece inasequible.

Cuando me entretenia con estos pensamientos, me acordé con melancolía de los compañeros de mi infancia, que murieron cuando apenas habian tocado en los umbrales de la vida. Y tuve por dichosos á aquellos que, al espirar, sonreian todavía con el candor de la inocencia; botones de jazmin que aun no se habian desarrollado, cuando fueron segados por la muerte; niños angelicales, que no empañaron la pureza de su alma con el vicio. Solo unos cuantos dias pasaron sobre la tierra; pero los saborearon como gotas de miel sin amargura; aletargados por la muerte, creian soñar cuando su espíritu volaba hácia los cielos.

UNA NIÑA COGIENDO MARIPOSAS.

CORRE, niña inocente y venturosa; corre veloz, cazando mariposas: que ellas vuelan de flor en flor, inconstantes como tú, contentas como tú, volubles como tu corazon, y como tu fantasía variables y ligeras. ¿Y para qué recoges esas palomillas? ¿Es acaso para afligirlas y para aprisionarlas? No: contémplalas, ¡oh niña! examínalas con curiosidad, y mira qué hermosos son esos insectos, á quienes Dios adornó con unas vestiduras tan brillantes. La seda no es tan fina y lustrosa como sus alas; y cuando vuelan, cuando aletean sobre las flores, cuando se mecen sobre el jazmin, estremeciéndose de placer y de ventura, brillan sus alas, radiantes con el fulgor del oro, con los reflejos de la esmeralda, con el fuego del rubí, y con el resplandor de los topacios. Unta ahora en tus dedos ese polvillo que está esparcido sobre sus alas; es un polvo de luz y de diamante; si lo observaras con un lente, lo verias formado de plumillas doradas, diáfanas, centelleantes como las piedras mas preciosas. Voló tu mariposa; y tú sonries, y corres, y saltas sin cuidados; pero otros dias vendrán que no serán para tí los dias de tu inocencia, dulces ahora como la miel que liban las abejas. Te sentarás entonces triste y silenciosa á ver correr las linfas de la fuente; su murmullo te adormecerá; los recuerdos de la niñez enternecerán tu corazon, y llorarás, cuando pase delante de tí una mariposa.

UNA HORA DE FASTIDIO.

En una de esas horas tan lánguidas y tristes que pasan ante nosotros como sombras, como nieblas que ofuscan nuestra mente, abrí por casualidad los *Recogimientos poéticos* de Mr. de Lamartine y leí estas palabras: "Bendito sea el que ha inventado la escritura, esta conversacion del hombre con su propio pensamiento, este medio de aliviarse del peso de su alma! El ha evitado muchos suicidios."....

Tomé pues, la pluma, y dije: escribiré; aligeraré con esta ocupacion el fastidio que pesa sobre mi alma. Pero en vano quise escribir; mi mente dormitaba con esa especie de sopor que tanto se parece al sueño de la muerte; porque durante esas horas de fastidio, de las que todos, cual mas, cual menos, nos hemos visto atormentados, nuestra alma sufre y pena; pero ni piensa, ni concibe; sus ideas son fantásticas, sus pensamientos quimeras y delirios; soñamos entonces estando despiertos, y no obstante, ni disfrutamos la calma del que duerme, ni acertamos en nuestras reflexiones como el que está despierto; nuestros mismos delirios nada tienen entonces de poéticos, porque son vagos, deformes y monstruosos, son como esas figuras caprichosas y estravagantes que toman las nubes en el cielo, que cambian sin cesar al soplo de los vientos, y en las que nada hay de regularidad ni de belleza. Durante esas horas, cuyos instantes se prolongan como si fuesen siglos, nuestro pensamiento, que alguna vez brotaba del alma como un torrente, suspende su curso, y se hiela, por decirlo así, con la frialdad del alma; nuestras ideas, que alguna vez se abrian como una rosa, lozanas y fragantes, se marchitan al nacer, como se hiela comunmente en boton la flor de los almendros; porque nace esta flor en nuestros climas frios antes de que la Primavera la abrigue y con suave calor la vivifique.

¡Triste situacion á la que nos reduce el tédio de la vida! Huimos de la sociedad para concentrarnos en nosotros mismos, y allí precisamente, en nuestro corazon está el fastidio, como una víbora que duerme y

á la que no osamos acercarnos porque despierta, muerde y emponzoña al que la toca. Quedamos, pues, aislados del resto de los hombres, inmóviles y tristes en la soledad de la vida, como aquella muger que se trasformó en estatua en el desierto. ¿Qué pensamiento podrá brotar entonces de una alma empedernida? Seria preciso repetir el milagro de Moisés para hacer que manase una fuente de una roca.

La melancolía es el deleite que gozamos pensando en nuestras penas; pero ni aun este triste consuelo queda al hombre cuando el fastidio lo devora; las aflicciones, los dolores del alma agitan el corazon y lo conmueven, cuando son vivos y punzan como espinas; pero hay un dolor letárgico que anonada el espíritu, y lo reduce á una languidez mas triste que la muerte; nuestra alma desfallece cansada de sufrir, como se rinde el cuerpo muchas veces agobiado por las fatigas y trabajos. Es en vano entonces escitar á nuestro espíritu á que medite y piense; mas fácil seria hacer que los árboles de nuestros vergeles dieran flores y frutos cuando están cubiertos con las escarchas del invierno, cuando desnudos de hojas, no circula en sus ramas el jugo que los nutre y vivifica. Es preciso que nuestra alma tenga tambien como las plantas sus horas de invierno y soñolencia en las que todo sea inaccion, en las que quede seca y árida como los árboles que el cierzo desnudó de su follage.

¿De qué elevacion es capaz nuestro espíritu agobiado con el peso de la desgracia, desgarrado por el huracan del infortunio, como el águila que baja de los cielos, destrozadas sus alas por el soplo de la tempestad que la arrebató cuando volaba entre las nubes? Aquella ave que antes se remontaba hasta los cielos, se retirará ahora á la soledad, y graznará triste entre la selva.

Cuando las aves mudan de plumage, se entristecen, se esconden y enmudecen; no atraviesan entonces por el cielo haciendo centellear sus plumas de oro entre la luz del crepúsculo ó del alba. No hacen resonar entonces las selvas con acentos de melodía, con trinos armoniosos; en el silencio de la soledad pasan sus dias de muda, y el amor mismo no tiene entonces para ellas atractivo. Así tambien nuestro espíritu tiene como las aves algunos dias de muda, algunas horas de mudez y de tristeza, durante las qué busca la soledad, como único asilo, como único refugio en su infortunio.

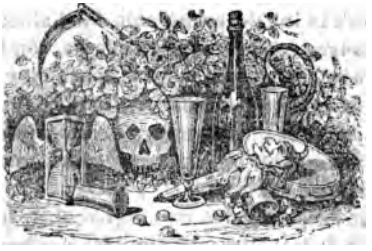
Hay pesares que desconciertan en nuestra alma toda la armonía de nuestras ideas, y toda la belleza de nuestros pensamientos. El dolor con una mano de hierro destroza nuestro corazon como si un salvage tomara entre sus manos una lira, y rompiera ó destemplara sus cuerdas melodiosas; ¿qué concierto, ni qué armonía podrán salir entonces de ese instrumento despedazado por una mano bárbara? Si lo pulsais, no dará sino sonidos roncos y voces destempladas.

¡Horrible situacion aquella, durante la qué entramos á nuestra alma

con la meditacion, como bajariamos al fondo de una tumba, para no hallar en ella mas que polvo y huesos descarnados! Así quedan entonces en nuestra alma los pensamientos, áridos como los restos de un cadáver, frios como la ceniza de los muertos....

Alguna vez ha sido para nosotros nuestra alma, como una antorcha que nos deslumbraba con su claridad, y que derramaba su esplendor por todas partes; y hay dias en que se estingue aquella antorcha como se apaga un fuego fátuo, y nuestra razon no es sino una lámpara, á cuya triste claridad todos los objetos se nos presentan opacos y deformes. El cielo con sus astros y luceros se ofusca á nuestra vista; la tristeza de nuestro corazon se estiende sobre toda la tierra como una densa niebla, y no hay ya entonces para nosotros en la naturaleza, ni belleza, ni encantos, ni atractivo.

Cuando el invierno yela nuestros campos, cuando ya no hay en ellos ni insectos que murmullen, ni flores que derramen su fragancia, emigran á otros paises los pájaros canoros, y entre la bruma que el sol apenas ilumina con triste claridad, pasan aquellas aves volando á otras regiones. ¡Ojalá y así pudiese emigrar nuestra alma, cuando ya no quedan para ella sobre la tierra ni goces ni esperanzas, ni armonías ni deleites, ni conmociones ni inspiracion; sino el fastidio en el corazon y el tédio de la vida.



EL SUICIDIO.

He aquí el pensamiento mas atroz de cuantos pueden asaltar la mente humana; por fortuna es tambien el pensamiento mas infame; solamente puede abrigarlo un corazon, en el que no ha quedado ya un solo sentimiento de compasion, una sola idea religiosa, ni una de aquellas creencias que consuelan al hombre en su infortunio. Así cuando la alhondra ha dejado el nido en que habitaba, suele ocuparlo una víbora que se enrosca y se aletarga donde aquella ave hermosa dormitaba. Entonces se oye el silbido de un reptil, donde antes resonaban cantos melodiosos. ¡Terrible situacion aquella en que el hombre se aborrece á sí mismo, porque no halla ya en su corazon una sola idea de virtud, de amor y de esperanza!

La vida es un don de Dios, y no es lícito ni preguntarle ¿por qué para unos es una copa de néctar circundada de flores y jazmines, y para otros un cáliz de hiel, cuyo lábio está erizado con espinas? Dulce ó amarga esta bebida, debemos apurarla hasta las heces; si cada uno de nuestros dias es dulce como una gota de miel y fragante como una flor, ofrezcamos á Dios llenos de gratitud estas flores que recogemos en el sendero de la vida; si cada dia es para nosotros como una rosa marchita y espinosa que no podemos tocar sin dolor, porque nos hieren sus espinas, recojamos estas rosas con resignacion, y esparciendo sobre ellas nuestras lágrimas, ofrezcámoslas tambien á Dios, pues no tenemos otra ofrenda que presentar en sus altares.

LA ULTIMA HORA DE LA TARDE.

Es una hora de recogimiento y de melancolía aquella en que el crepúsculo tiende sobre el ocaso su manto de oro y grana. Es la hora en que en el campo los labradores se retiran á su hogar, silbando contentos y conduciendo á paso lento al buey que va mugiendo. Es la hora en que comienza á humear la hoguera dentro de las chozas. Es la hora en que las ráfagas del sol doran las colinas con una suave luz, y tiñen las nubes de rocicler y púrpura, ó las encienden con un color de fuego. Es la hora en que las sombras gigantescas de las montañas se deslizan como fantasmas sobre los valles y los prados. Los pájaros se reunen en bandadas, posan sobre los árboles, y entonando su canto vespertino, cada avecilla disputa á las demas la rama en que ha de dormitar algunas horas. ¡Qué algarabía forman entonces tan placentera y tan hermosa! ¡Qué confusion tan melodiosa de trinos, de gorgeos, de silbos y de arrullos! Reposan, en fin, y se mecen sobre las ramas, con la cabeza escondida bajo de una ala; pero si un solo pajarillo cambia de posicion, todos se agitan, todos silban, y combaten enojados si una parvada de otras aves les viene á disputar el árbol predilecto. Entre tanto, algunas águilas, algunos gavilanes y otras aves de rapiña, atraviesan solitarias, volando á grande altura, y se sumergen en aquel oceano de luz en que nada el sol, meciéndose sobre las nubes, que flotan como una espuma de oro en el ocaso. Esta es la hora en que la mayor parte de las flores cierran sus senos delicados, al mismo tiempo que otras abren sus corolas, exhalando perfumes fragantísimos. En esta hora melancólica es cuando la flor de la haba traspira un aroma suave como el olor de la canela. En ella tambien comienzan á verter su fragancia el floripondio, el yoloxochitl, el junquillo y la mosqueta. Nubes de aromas suben entonces á los cielos y se mezclan con el incienso que ondea bajo la cúpula del templo; con aquel incienso, que es el símbolo de la oracion, y que se quema sobre las aras de Dios, como la alma que se abrasa en el fuego de las tribulaciones; aquel incienso se exhala leve, cándido y oloroso, como las palabras de amor y caridad que exhalamos

tambien al pié de los altares, mezcladas con ardientes suspiros, con sollozos de dolor y acentos de ternura.

¡Qué bellos son los templos cuando en la última hora de la tarde se oscurecn sus aereas bóvedas y un solo rayo de luz atraviesa como una cinta de oro por entre aquellas sombras misteriosas; cuando todo es allí recogimiento, ternura y devocion; cuando el silencio no se interrumpe sino por el canto del saltapared ó del avion que anidan en aquel recinto de *piedad*, como si ellos tambien pudieran gozar de aquel afecto tan tierno y tan sublime! Cuando el último rayo de luz se estingue, salimos de allí con el corazon rebosando de caridad, y la estrella de la oracion, como un diamante que reverbera en el ocaso, arrojando sobre nosotros sus destellos, hiere con ellos nuestros ojos, todavía humedecidos con el llanto!

EL SUSURRO DE LA NOCHE.

Cuando en el campo, durante la noche, todos los séres están aletargados; cuando ningun estruendo interrumpe aquella calma de la naturaleza tan bella y tan deliciosa, se percibe no obstante un rumor vago, un ruido sordo que adormece, un susurro semejante al que harian en un vergel muchos emjambres de abejas agitadas. ¿De qué resulta este susurro? De una multitud de écos, de acentos y de voces que se reunen y se confunden para formarlo. Parece que la noche, agitando sus sombrías alas, hace aquel murmullo para infundir á la naturaleza el sueño en que reposa. Aquel susurro es el vagido de muchos pajarillos que pian entre sus nidos, cuando despiertan medrosos y asustados; el silbido del cenzontle, el trino del gorrion y la calandria que suelen cantar cuando la luna aparece iluminando los bosques y las selvas; es el graznido de algunas parvadas de anzares y grullas que tambien suelen cruzar durante la noche por el cielo; es el chillido del hijuelo de la águila, del gavilan y de otras aves de rapiña, que en el silencio de la noche hacen su caza para alimentar á sus polluelos; es el ahullido del lobo, el ladrido del coyote, el mahullido del gato montés, el mugido del toro que vaga por el prado, el gruñido del javalí, el zumbido de los insectos de la noche, y el murmullo de alguna fuentecilla. Todo esto no es para el hombre mas qué un rumor, y solo Dios percibe en ello una armonía, un concierto, y entiende aquel idioma que ha dado á cada ser sensible para espresar sus necesidades, sus penas ó deleites. El ha inspirado á algunos pájaros sus cánticos nocturnos, ha dado un murmullo á los insectos de la noche, un graznido á las aves de rapiña, á las fieras un ahullido penetrante, un mugido tierno, un mahullido de amor, al buho un fatídico acento, á la lechuza un lúgubre chillido, y un susurro á la noche misteriosa.

LA CLARIDAD DE LA LUNA.

LUVIA de luz que caes sobre la tierra tan alba y tan hermosa, ¿qué encanto te dió Dios para ablandar y enternecer el corazon del hombre; y por qué hechizo celestial infundes en él una melancólica languidez tan suave y deliciosa? Si el sol nos deslumbra con su fulgor, si nos abraza cuando lanza dardos de fuego hasta la tierra, tú, nocturna deidad, fantasma de los cielos, derramas en nuestra alma con tu argentada luz, una voluptuosa serenidad y un plácido sosiego. Bella es tu claridad cuando riela tu luz sobre los lagos, cuando platea las selvas, y hace aparecer con fantásticas formas las rocas escarpadas; se desliza tu luz sobre la tierra con una suavidad tan apacible; tus rayos trémulos atraviesan tan bellos el éter de los cielos, y reflejan tan melancólicos sobre las selvas; tus destellos hieren nuestros ojos con tanta languidez, que el espíritu se adormece al contemplarlos, delirando con plácidos ensueños; todo es calma donde resplandece tu claridad tan nítida y tan pura; pero ella exalta la fantasía conmueve el corazon, é inspira á la alma tiernos pensamientos. ¡Oh luna! ¿Quién puede verte un solo instante sin que tristes recuerdos broten á raudales en su alma conmovida? ¡Ah! ¡De cuántos amores has sido tú testigo, de cuántos secretos has sido confidente; cuántas lágrimas has visto derramar sobre la tierra; cuántos misterios han pasado á tu vista, y tambien cuántos infortunios! Propicia unas veces al amor, has guiado á un amante con tu benigna luz, y otras saliendo de entre las nubes que amortiguaban tu claridad, has alumbrado con argentado esplendor secretos que la noche ocultaba bajo sus sombras misteriosas! ¡Brilla, pálida antorchá, brilla sobre la frente de la beldad, y aquella frente, radiante con tu luz, será entonces la luna de la tierra! Así no envidiarán tu hermosura estas bellezas que someten al hombre al cetro de su amor, como Diana sujetaba á los ciervos con su brazo, cazando entre las selvas.

UNA NUBE.

Ed cuán hermosa flota en el azul purísimo del cielo esa nube que resplandece como un vellon de plata, y que se mece sobre el aire como un pensamiento de amor que vaga en nuestra mente. Al amanecer se levantó del lago, cándida y leve como una águila blanca que sube hácia los cielos. Pasó por el Oriente, y la tiñó la aurora con un tinte rosado; y vino el dia, y derramó su luz sobre ella, y se elevó en el éter como una espuma de oro. Voló por muchas horas hácia el Ocaso, hácia el Septentrion; y recorriendo el cielo en todas direcciones, recogia por todas partes los sirros y celages que el viento desgarraba; así se hizo mas bella, y se estendió como una serranía de nieve en el confin del horizonte. De allí volvió blanca y radiante cuando ardia el sol en el cenit, cuando su luz como lluvia de fuego caia sobre la tierra. Los ciervos reposaban acesando sobre el mussoso prado; las aves, fatigadas, aleteaban para refrescar la atmósfera incendiada; las plantas, abrasadas, doblegaban sus tallos, y dejaban caer hácia la tierra con languidez sus tristes hojas. La nube pasó entonces debajo del sol, y su sombra se deslizó sobre la tierra; mugieron de placer los ciervos fatigados, respiraron las aves y preludiaron sus melífluos cantos; levantaron las plantas sus tallos descaecidos, y las flores abrieron sus corólas. Entonces la nube esparció la fresca lluvia sobre la tierra enardecida, y cuando el sol volvió á salir, la tierra toda resplandecia, porque los animales del prado estaban empapados, y las plantas goteaban el rocío, y las aves esparcian agua al sacudir sus alas y al esponjar sus plumas esmaltadas. Ved ahora esa nube poco ha tan alba cuando subia al cenit, reposando ya en el ocaso, sumergida en un lago de fuego, en parte dorada, teñida en otros puntos de rosicler y nácar, y arrojando hácia todas partes las ráfagas del sol, que ya se apaga. Subirá de nuevo al anochecer; y cuando salga la luna del Oriente, esa perla del cielo, vertirá su fulgor sobre la nube, ó rodará con ella cuando esparza el rocío sobre la tierra. Así es como una nube sola ha podido ocupar nuestro espíritu en contemplarla durante algunas horas; porque la naturaleza entera se reproduce, aunque en pequeño, con todo su esplendor, aun en sus mas ligeras producciones; en una nube y en una gota de rocío, en el rayo y en una chispa, en el sol que ilumina á todo el universo y en la luciérnaga que brilla por la noche, vagando entre las flores.

EL RELAMPAGO.

La celeridad de este meteoro es prodigiosa. Aparece en la oscuridad como un rasgo de luz; brilla lívido y trémulo; ilumina el cielo, recorriendo su inmensidad instantáneamente, y desaparece sin dejar rastro alguno en su carrera. ¿Cómo, pues, describir sucintamente ese meteoro veloz y fulgentísimo, esa rápida aparicion, pálida como la llama del azúfre, ó azul como el reflejo de una espada que vibra refulgente? ¿De dónde viene ese espectro luminoso que brilla un solo instante en las tinieblas? ¿Es acaso un espíritu que, á la voz de Dios sale del seno de la tempestad, que pasa por el cielo como una idea fugaz, y que llega á los piés de su Señor con mas celeridad que el pensamiento?... Él no suspenderá su curso ni un momento para que el hombre pueda contemplarlo; brillará en el Oriente, cruzará rápido por el cenit, y cuando volvamos á él la vista, ya se habrá apagado su luz en el ocaso. ¿Qué frase puede espresar con claridad la manera con que el relámpago aparece, la rapidez con que se prolonga, el tortuoso giro de su carrera, su pálida instantánea claridad y el modo con que estingue su esplendor, recogiendo en el seno de Dios sus alas refulgentes? Y si el hombre no puede describir una de esas sierpes de luz que pasa por los cielos, ¿quién podrá bosquejar esa bóveda inmensa que la tempestad ennegrece con sus sombras, y en la cual aparecen y desaparecen momentáneamente, alumbran y se estinguen, se cruzan y confunden entre sí esas cintas de fuego que diseña la mano de Dios bajo la cúpula del cielo? Hay en la escena de la tempestad una sucesion tan rápida de perspectivas tenebrosas ó brillantes, hermosas ó imponentes; y son estas perspectivas de tal manera variadas y fugaces, que el hombre se anonada al contemplarlas. No queda de ellas en nuestra alma sino una leve sombra, un ligero recuerdo, una centella que se apaga, un relámpago que se estingue, deslumbrando al que quiere contemplarlo; porque una tempestad es la sombra de Dios que cae sobre la tierra, y un relámpago su mirada que brilla en las tinieblas.

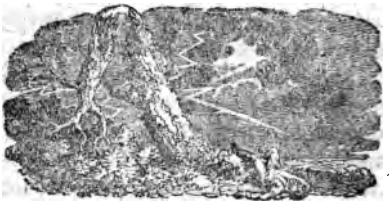
LA LLUVIA.

PRECEDIDA del relámpago, anunciada por el trueno, sentada sobre nubes, volando con las alas de los vientos, la lluvia desciende de los cielos, derramando por todas partes la abundancia. Todo es aridez, miseria y desventura en las comarcas que la lluvia no ha fecundizado. Todo es abundancia, belleza y regocijo en los sitios en que la lluvia ha derramado sus tesoros. Enardecida la tierra por la reverberacion del sol, lánguidas y tristes las plantas, débiles y enfermos los animales, ansian por la lluvia que ha de ranimarlos. La lluvia cae, y el aire se purifica y se hace transparente; la tierra la embebe con ardor y exhala de su seno un olor suave; empapadas de ella las plantas, la absorven con presteza, y luego se levantan esbeltas y lozanas: bañados de ella los animales, se regocijan y adquieren nuevo brio. Las nubes opacan comunmente la luz del Sol; pero la lluvia suele caer cuando el astro ilumina la tierra con un vivo esplendor. Entonces se vé la lluvia descender como hilos de plata que caen desde los cielos. Otras veces se le observa á lo lejos como un crespon brillante que se estiende desde una nube hasta la tierra. Tras él se perciben las serranías, los bosques y colinas, presentando así un cuadro mágico y radiante. Jamás los campos son tan hermosos como en el instante en que el Sol aparece despues de una tempestad, haciendo brillar por todas partes el rocío que la lluvia virtió sobre la tierra. La bóveda del cielo parece una inmensa cúpula de zafiro; un airecillo fresco ventéa con suavidad, meciendo las copas de los árboles; agitadas con este blando impulso, las gotas de rocío caen puras y brillantes de un árbol á otro, se deslizan de una á otra rama, tiemblan como una lágrima de cristal sobre las hojas, se esparcen luego sobre las flores; centellean sobre el clavel como rubíes, y en el seno de la azucena y el jazmin como unas chispas de diamantes. Mas bella es todavía esta escena si la luna ilumina los campos con su plateada luz cuando la lluvia cae como un rocío de perlas; las aves salen entonces de sus nidos para gozar tanta belleza, gorgean placenteras y sacuden sus alas empapadas con el rocío. Despues sigue un silencio misterioso, una apacible melancolía, una languidez suave y deliciosa....

LA TEMPESTAD.

u voz es un rugido formidable; sus miradas un lívido destello. Saliendo de un abismo se cubre de opacidad y estiende sobre la tierra un manto de tinieblas. Una espantosa calma, un lúgubre silencio precede al momento de su furor, y armada entonces su diestra de rayos destructores, se precipita sobre la tierra, tronando con estallido pavoroso y derramando un siniestro esplendor sobre el abismo. Tal es la tempestad; meteoro formidable, pero sublime y bello al mismo tiempo.... ¿Quién, sino Dios, puede levantar desde los mares y la tierra esa niebla tan cándida y tan leve que cubre las montañas, que sube como un humo ligero hasta los cielos; que se condensa en ellos formando montes, prominencias, concavidades oscuras, masas iluminadas con nítido fulgor, que pasan á nuestra vista como la vision de un sueño, que se acumulan, se opacan, se ennegrecen y se estienden por todo el horizonte hasta cubrirlo de oscuridad y á la tierra de un tinte melancólico?... ¿Quién, si no Dios, puede iluminar estas lóbregas masas con una luz tan triste que centellea instantáneamente, que atraviesa con inconcebible celeridad desde el ocaso hasta la aurora, que se precipita como un torrente de fuego de una á otra nube; que deja impresas sobre los cielos, por un momento, sus huellas luminosas, que brilla, en fin, alumbra y se disipa con la velocidad del pensamiento?... ¿Quién, si no Dios, puede encender el rayo en el seno de la rugiente tempestad, arrojar desde el cielo hasta la tierra aquel meteoro que se desploma como un globo de fuego, ó que surca los aires con un tortuoso giro; que inunda con espantosa luz las selvas y montañas, y que disipándose fragoroso, destruye, pulveriza, ó funde cuanto toca?... —El campo presenta un cuadro verdaderamente pintoresco cuando observamos en él una tempestad á poca distancia del sitio donde hace sus estragos. A un silencio pavoroso sucede un estallido, cuyo éco resuena entre las sierras, los bosques y cavernas. Desvanecido este éco, todo vuelve á quedar en un silencio lúgubre, que interrumpe de cuando en cuando el mugido del toro, el ahullido del lobo que sale de su ceuva, el gruñido de un jabalí oculto entre las zarzas, ó el graz-

nido de algunas aves pasageras. A la opacidad de la noche, aumentada por las tinieblas de la tempestad, sucede por intervalos la luz de los relámpagos roja, violada ó amarilla, segun su intensidad. Súbitamente el reflejo de estos meteoros ilumina las densas nubes que ruedan como torbellinos de humo, pasando por el cielo. Vuelve la oscuridad, y un momento despues la tierra se esclarece instantáneamente, y vemos á lo lejos una choza que humea, un torrente que se despeña, ó un valle que se inunda. Se disipa la tempestad, y entre las nubes que pasan por el aire, vemos brillar mil soles sobre el cerúleo cielo. Nada es tan bello como esa serenidad, esa calma, ese esplendor que suceden al estruendo, á la agitacion y á la oscuridad de las tempestades.



LAS CULEBRAS DE AGUA.

Nubes gruesas y pardas se levantan por todo el horizonte, ruedan y se agitan, se condensan y se chocan: los relámpagos atraviesan en todas direcciones; su triste claridad tiñe las nubes de un color rojo que luego se disipa, y un trueno ronco y prolongado resuena por intervalos, sucediéndole un silencio melancólico. El cielo se ennegrece, como la bóveda de mármol que cubre los sepulcros; la tierra se opaca y se entristece; las fieras ahullan, braman, rugen y se retiran medrosas á sus cuevas. Los vientos soplan enfurecidos, silban, y sacuden las selvas con espanto. Torbellinos de polvo se levantan como columnas espirales, hasta perderse entre las nubes... ¡He aquí la hora terrible!... Una nube comienza á desprenderse desde los cielos; al principio no es sino un rasgo opaco; el sitio donde se halla se oscurece; las nubes se acumulan en aquel punto, se condensan y la culebra empieza ya á formarse. ¡Con qué horrible oscilacion serpentea, se encoge, se prolonga y queda suspendida en medio de los cielos!... ¡O Dios! Preserva aquella choza, aquel valle, aquellos sembrados que están bajo el meteoro formidable. Presérvalos, Señor; allí están los amigos, los deudos, los hermanos; allí está la esperanza del labrador desventurado! Así claman mil voces que suben á los cielos! Millares de labriegos con sus esposas, sus hijos, sus hijas inocentes levantan sus brazos hácia aquel punto en el que la muerte va á desplomarse sobre la tierra. Nuevas culebras se banlancean ya en derredor de aquella, de aquella horrible, tenebrosa, gruesa, y que ya casi toca al suelo. Vedla como á la luz de los relámpagos se retuerce, centelleando como un torbellino de fuego que baja de los cielos!... Todos los rostros están lívidos y prolongados; los lábios entreabiertos no pueden pronunciar una palabra; los ojos desencajados fijan una mirada triste sobre aquella escena tan lúgubre y luctuosa!... Pero hé aquí que un anciano encanecido en la virtud y agobiado con el peso de sus años, un anciano á quien la religion ha establecido mediador entre Dios y los hombres, se presenta entre la cuitada multitud y viene á consolarla. Todas las miradas se fijan en los ojos del viejo venerable, y en estos ojos brilla la luz de la esperanza. En medio del estruendo de la tem-

pestad, entre la pálida luz de los relámpagos, interrumpidas por el fragor del rayo, por el bramido horrible de los vientos, suben al cielo sus palabras.... Palabras misteriosas, que no comprende la multitud; pero que escucha con piedad el Dios del trueno. Ved ya á la muchedumbre que se arrodilla. El anciano se postra reverente, abre sus brazos temblorosos y los estiende sobre la tierra, que toca con sus lábios... ¡Qué lúgubre silencio!.. ¡Qué tristes gemidos y qué tiernos sollozos lo interrumpen de cuando en cuando! Levántase el anciano mirando hácia los cielos. Una sonrisa de piedad anima su semblante. El meteoro comienza ya á desvanecerse; se encòge, se enrosca, se hace despues mas leve y menos tenebroso, se parte, en fin, en trozos, que no son ya sino nubes que vuelan por el aire!...

LA ARPA DE UNA CUERDA.

JAMAS olvidaré la impresion que hizo en mi la arpa pastoril, cuando por la primera vez la oia en el campo. Era un dia del estio y el sol reverberaba: su luz ondeaba en la llanura y las aves estaban silenciosas; solamente chillaban las cigarras, y los tordos preludiaban un silbido, zabuyéndose entre la agua. Estábamos en un redil y no habia allí una cabaña en que sombrearse. Yo descansaba bajo un encino; los pastores dormian, ó se tendian perezosos en el suelo; las pastoras y las zagalas hilaban, adormecidas con el calor y con el zumbido de la rueca; los corderitos acesaban bajo los matorrales; los perros dormitaban, y se oia apenas, á lo lejos, el balido de las ovejas. Yo me recosté sobre la grama, y mi cabeza enardecida reposaba sobre una piel arrollada que me servia de almohada. Estaba yo pensando sobre la tranquilidad de la vida del campo, y meditaba tambien sobre las vicisitudes de mi suerte, que algunas veces me han arrojado al seno de las sociedades mas populosas y mas civilizadas, y de allí á las cabañas en donde habitan los pastores; y cuando me entretenia con estos pensamientos, un zagal se sentó frente á mí, bostezó y comenzó á tocar en su arpa de una cuerda. Habia allí zagalas que sonreian hablándose en secreto; habia allí miradas de inteligencia entre el pastor y las zagalas; habia allí amor, habia allí, pues, inspiracion, y quizá por eso tañia su arpa el pastor tan dulcemente. Yo los dejé gozar con tranquilidad de aquellas ilusiones, y me cubrí la cara con un pañuelo para pensar; porque yo tambien tenia en mi corazon tiernos recuerdos, dulces memorias y pensamientos afectuosos. Cada vez que soplaba el airecillo, la voz de la arpa me parecia mas fuerte y mas sonora; despues mas melodiosa cuando callaba el viento, cuando sus tonos se mezclaban con el murmullo de la fuente. Sus cadencias eran tan suaves y tan vagas, sus modulaciones tan armoniosas, que yo me entristecí, me conmoví profundamente y deseaba llorar; porque hay un no sé qué de melancólico en las armonías de la arpa de una cuerda. Este instrumento sencillo y melodioso es el que mas conviene al sosiego que disfrutamos en la soledad, á la calma con que reposan allí nuestras pasiones, y á la melancolía que la vida del campo nos infunde. ¡Ojalá y yo vuelva á esa soledad en la que disfruté tantas delicias! ¡Ojalá y allí vuelva á escuchar las melodías de la arpa de una cuerda!

LA CAIDA DE LAS HOJAS.

La primavera habia desarrollado sobre las plantas esas hojas que tanto las adornan. Verdes, lustrosas y flecsibles, presentaban una gran variedad de brillos, de formas y matices. La luz se deslizaba con apacibilidad sobre estas hojas; el zéfiro las acariciaba durante el dia, y las embalsamaba con aromas; las auras de la noche las sacudian haciendo salir de ellas murmullos misteriosos, la lluvia les comunicaba su frescura rociándolas con gotas cristalinas. La luna plateaba estas hojas hiriéndolas con trémulos destellos. La palma se elevaba magestuosa, estendiendo sus verdes hojas en forma de abanico; el sauz, inclinando sus brazos hácia el suelo, se retrataba con sus frondosas ramas sobre la fuente cristalina; la vid escondia sus rojos racimos entre sus hojas, que resplandecian con el verdor de la esmeralda: el gusano azul, guarnecido de oro se resbalaba sobre las hojas del tepozan teñidas con un verde ceniciento; el airecillo agitaba con suavidad el follage del álamo, y el sol lo hacia brillar con un lustre argentado. Así embellecian á la tierra las hojas de las plantas, cuando el otoño apareció, y estas hojas se marchitaron doblándose con triste languidez hácia la tierra. Vedlas ahora como han perdido su verdor y se han endurecido; el viento susurra ya desapacible cuando sopla sobre estas hojas enrojecidas con un color de cobre. Las perlas del rocío caerán sobre ellas, y las gangrenarán, como si una lluvia de fuego las quemase. Se empalidecieron y perdieron su lozanía; vedlas como caen ennegrecidas, y se acumulan al pié de aquellos árboles, tan frondosos poco ha, tan tristes ahora, desnudos de sus galas. Ved como arrastra el torrente entre sus ondas aquellas hojas que antes se retrataban sobre sus linfas trasparentes.... ¿Y nada veis en esto que os recuerde como pasan los dias de nuestra vida? Y al contemplar sobre estas hojas secas, ¿no haceis memoria de tantos atractivos que ya se han marchitado, de tantas beldades á quienes el tiempo ha despojado de todos sus encantos?.... ¿Y no pensais en la rapidez con que se deslizaron sobre la tierra los dias de vuestra vida, como las hojas secas que arrastraba el torrente entre sus olas? Cada año brotarán sobre las plantas nuevas hojas; pero nuestros dias que ya pasaron, no volverán.... ¿Y qué sabemos, tambien si ya no veremos otra vez la caida de las hojas?...

EL CONVENTO DE GUADALUPE.

Habeis visitado alguna vez el convento de Guadalupe de Zacatecas? ¿Habeis visto aquel sitio montañoso, salvage, y antes solitario, en que el monasterio fué construido? ¿Habeis recorrido en lo interior aquel colegio suntuoso, pero al mismo tiempo triste; solitario, aunque ocupado por un gran número de religiosos, y silencioso y melancólico por el recogimiento y taciturnidad de los frailes que lo habitan?... Si no habeis entrado jamás á este monasterio vasto y bien construido; si no habeis penetrado á sus celdas; si no habeis recorrido sus claustros prolongados, sus patios y su huerta; si no habeis visto la luna, cuando ilumina lo interior de aquel triste recinto, y cuando los monges, guiados por su luz, lo atraviesan callados, pasando como sombras, cubiertos con sus mantos cenicientos; si no habeis oido á la media noche el toque de la esquila que resuena en las bóvedas sombrías, no habeis gozado de una de las emociones mas vivas y profundas que pueden conmover el pecho humano.

En este convento hay consuelo para la adversidad, caridad para la desgracia, y tolerancia para el error. En él hallareis asilo y hospitalidad cuando deseis estar á cubierto del huracan de las pasiones, bajo las alas de la religion, ó si quereis descansar alguna vez de las vagas y penosas agitaciones de la vida. Allí vereis ancianos cargados de años y de merecimientos, ricos de ciencia y de virtudes, y que han estudiado al hombre en la soledad en que habitan los salvages, en las ciudades populosas, y en las chozas en donde mora la miseria. Allí tendreis silencio para meditar sobre las ilusiones de la vida, recogimiento para elevar vuestra alma, melancolía para suspirar si os oprime el dolor, ó si os aflige algun tierno recuerdo, y soledad para llorar los infortunios que causan las pasiones. Allí hallareis, en fin, inspiracion y grandes pensamientos.

EL CHUPA-ROSA.

RAPIDO como el pensamiento, fugaz como el placer, brillante como las ilusiones de la vida, girando sin cesar entre las flores, empalagado con su néctar y respirando sus aromas, el colibrí es la imágen mas bella de un amor sencillo, voluble, pasagero, y siempre satisfecho de goces y deleites.

Agraciado en sus formas, ágil en sus movimientos, espléndido y hermoso por el color de su plumage, pequeño y delicado, activo é infatigable, ardiente en sus amores, pero iracundo al mismo tiempo, el chupa-rosa es la joya mas preciosa de la naturaleza, es una maravilla de la creacion, es un portento.

Zumbando como el ruido de una rueca, murmullando como un enjambre de avispas agitadas, nos adormece cuando sacude el nardo con sus alitas de esmeralda, cuando batiendo estas aletillas con una rapidez inconcebible brilla con los colores del rubí, centellea como un topacio y hace reflectar el esplendor del oro en su plumage.

Algunas veces lo vemos pasar como una vision aérea y radiante, para ir á pararse en un feston de enredaderas, que cuelgan de una roca; otras veces pasa por entre la umbría del bosque, como un rayo del sol, como la ráfaga de un prisma.

Su nido es admirable por su pequeñez, y por su construccion es primoroso. Lo hallareis entre los pámpanos de la vid, entre las ramas del rosal, rodeado de pimpollos; en los ramos del limonero y del naranjo, circundado de flores fragantísimas, entre la pasionaria y la mosqueta, y en el azar del chirimoyo, de suavísima esencia perfumado. En ese nido tan esquisito, mecido por el soplo de los céfiros, pone la hembra del chupa-rosa dos ó tres huevos pequeños, blancos y ovalados como unas perlas. Allí vereis echada á la pajarilla cuando el primer rayo del sol centellea en su plumage de oro y de púrpura; allí la vereis cuando en la noche tempestuosa deslumbrada con el fulgor del rayo, tiende sobre su nido sus alas de luz para guarecerlo del viento enfurecido. Adonde quiera que cultiveis las flores vereis chupa-rosas color de ametista, ó colibris pequeños que fulguran como el rubí, ó pájaros-moscas de oro y de esmeralda. Allí podreis admirarlos cuan-

do están suspensos en el aire, estremeciéndose de placer, libando el néctar como la abeja susurrante. Para ellos cada rama florida es un pensil, cada flor una copa de ambrosía; para ellos todo es deleite, todo es amor, todo es contento; para ellos crió Dios el lirio y lo tiñó de púrpura brillante, hizo el clavel y lo jaspeó de grana; para ellos brota el jazmin y la fragante flor de la azucena; para ellos abre el tulipan su seno perfumado.

¡O amables chupa-rosas! Vosotros sois hermosos como los ensueños de amor, bellos como las hijas de los hombres, brillantes como su fantasía, y como su corazon volubles y ligeros. Jamas os ve una beldad sin que vague en sus lábios la sonrisa, porque recordais luego á su mente las fugaces delicias de la vida.

EL AGUACERITO DE ZAPOPAN.

Un paredon, la agua que destila de él y algunas yerbas... Ved aquí qué elementos tan sencillos, qué materiales tan escasos. Y, sin embargo, han bastado á la naturaleza para formar con ellos una obra preciosísima. No es una escena grandiosa como una catarata, ni terrífica como una tempestad; es un cuadro risueño, movible y pintoresco, cuyo aspecto no excita mas que dulces afectos y suaves emociones. Solamente se puede comparar á esas cavernas de lo interior de las minas, formadas de rocas verdes y cenicientas, hendidas y cubiertas por todas partes de cristalizaciones entre las que brilla la plata enmarañada.

Figuraos una colina de poca elevacion, verticalmente cortada, hendida en varios puntos, ligeramente escavada hácia su base, medio cubierta por un cortinage de ramas de diferentes formas y verdor, con festones de mirtos y flores amarillas. Bajo este ramage flotante se vé un tapiz de musgos y de céspedes verdes ó rojos, cenicientos ó amarillos, y de entre estos musgos, blandos como un cojin de seda, brota la agua en una multitud de manantiales con un ruido semejante al que hace un aguacero. Estos pequeños torrentes parecen á veces tan inmóviles como si fuesen de cristal; se necesita tocarlos para conocer que son una corriente; se creeria que eran unos cilindros de oro cuando por entre ellos se traslucen los musgos amarillos. Estos cilindros de agua se presentan en otros puntos móviles, y retorciéndose en formas espirales. Se vén tambien pequeñas oquedades tapizadas de musgo alimonado y un trozo de agua que sale de ellas murmullando. En otros puntos la agua se desliza con suavidad por un declive, pasa por él transparente y silenciosa, cae sobre una piedra formando en ella una cascada en miniatura, y así se precipita al arrolluelo. Se vén tambien hilos de agua que salen de una bóveda, se pierden entre el musgo, y filtrándose por él van á salir en otro punto, formando un manantial que corre bullicioso. En algunos huecos cae la agua de tal modo, que parece una tela ligerísima, tan cristalina y transparente, que por entre ella se vén las yerbecillas. Hay piedras que la agua cubre, tomando la forma de una concha, y en otras partes esta misma agua forma un ci-

lindro bastante grueso, hueco y transparente. En fin, en cada punto los manantiales presentan diversas perspectivas, variando á cada instante su giro y direcciones. La agua cae gota á gota, brota con fuerza ó se desliza suavemente; pasa con lentitud ó serpentea murmullando; se filtra, ó corre con ligereza; reboza en algunas fuentecillas, ó cubre alguna piedra como una gaza de plata brillante y transparente; se esparce como el rocío ó cae como una lluvia; se pierde entre los musgos ó se precipita, levantando al caer bombillas espumosas; pasa con lentitud y queda inmóvil, y diafana como un trozo de yelo. En todo esto hay una hermosa transformacion cuando el sol brilla sobre estos manantiales. Entonces el aguacerito parece un conjunto de prismas y de estalactitas, formadas por la destilacion entre una gruta, ó mas bien una cristalizacion de roca sobre un jaspe verde y matizado; el agua se esparce como aljófar, las arenillas brillan como unas chispas de diamante, y como granos de oro el rocío esparcido sobre los musgos amarillos.

Una mariposa que salga de entre las aguas, sacudiendo sus álas de ametista, una efímera azul que venga á mecerse entre las ramas, bastan para animar todo este cuadro. Figuraos qué melancólico será cuando la luna lo ilumine con sus destellos argentados; cuando su luz de perla se deslice sobre estos manantiales cristalinos; cuando el arroluelo centellee como corriente de plata que en el crisol se está fundiendo; cuando el silencio de la noche no se interrumpa sino por el murmullo de las aguas. Entonces... ¡Ay!... Los recuerdos de amor brotarán en el alma como las linfas de esta fuente, y los suspiros saldrán del corazon como soplo de leve vientecillo. Durante el dia *el aguacerito* no excita sino ideas halagüeñas y un sentimiento de bienestar indefinible. Es un sitio que la inocencia y el amor pudieran consagrar á sus placeres.

EL CENZONTLE.

Sonoro trovador de las florestas: cuando en la soledad silbas de amor y trinas con ternura, las aves enmudecen para escuchar absortas tus cantares; porque es dulce tu voz como los tonos de la eolina, sonora como el arpa de los poetas. La naturaleza dió á otros pájaros formas hermosas y espléndidos plumages; á ti, la melodía, una armoniosa voz y acentos filarmónicos para cantar gozoso entre las selvas.

Bardo alado de México: tú no envidias al ruiseñor sus suaves trinos, ni al gilguero su melifluo gorgeo, ni al canario sus dulces silbos; porque tú imitas el canto de todas las aves, y la voz de los animales salvages, las canciones humanas, y esos murmullos de la naturaleza, apacibles y misteriosos, que aun no tienen un nombre entre los hombres. Y cuando imitas con tu canto todos estos sonidos, tu garganta flexible los hace melodiosos. Eres salvage y libre, y vives en la soledad como los poetas. Allí mezclas tus cánticos de amor con el bramido del huracan, con el estruendo de las cascadas y torrentes, con el gemido del viento, con el rumor ligero de los céfiros, con el estallido de la tempestad, con el leve susurro de la noche. Cuando el sol de las flores derrama su vivífico ardor sobre la tierra, sales de la umbría selva, y tú el primero entre los pájaros cantores, saludas á la bella estacion con dulces himnos. En los primeros dias de la primavera silbas con suavidad, imitando el murmullo de las fuentes; y tu armoniosa voz se desliza por tu garganta, fugaz y rápida, como el manantial que corre entre los musgos. Despues de estos silbidos pias con dulzura, como los pajarillos que implumes todavía, comienzan á cantar entre sus nidos. Inspirado por el amor, lleno de afectos voluptuosos, diviertes á tu amada, modulando tu acento melodioso, variando á cada instante tus métricos cantares. Ya se eleva tu voz aguda y armoniosa, sofocando todos los cantos de la selva; ya se exhala sonora como el acento con que vibran las cuerdas de una lira; ya plana y melodiosa como los tonos de una flauta, desfallece lánguida y suave como un gemido de amor, como un suspiro, para elevarse á poco melifiua y cadenciosa, pasando por

variadas inflexiones. Sigue á tu canto un poético silencio, y cuando crees ¡ó pájaro canóro! haber agotado todas las armonías que te inspiró el amor, te distraes, imitando con grata entonacion todas las voces de la naturaleza, todos los cantos de la soledad, y todos sus rumores misteriosos. Silbas como los tordos y los mirlos; cantas con argentina voz, como el gallo que anuncia la alborada; maullas como el gato montés que anida entre las breñas; ladras como el lebrel; trinas como el gorrion, y pias como el polluelo; chillas como el águila y el alcon, graznas como los ánsares del lago; abullas como el coyote; das á tu voz una entonacion grave para imitar al buho y á la lechuza solitaria; zumbas como el radiante colibri, chillas como el melifluo cuitlacoche, y con modulacion mas lánguida y mas suave, repites los arrullos de amor, los flébiles murmullos con que gimen las tórtolas del bosque.

Así pasa, en los dias de tus placeres, tu poética existencia; es una vida de inspiracion, de amor y de ternura, durante la que saboreas todas las armonías y murmullas en todos los idiomas palabras afectuosas. No hay entonces para tí otro deleite que el de amar, ni otra ocupacion que el canto de amor, ni otra pena que la melancolía que aquel afecto infunde aun á las aves, y que disipas tú silbando vocinglero entre la selva. No hay reposo para tí, porque entonas tus cantos armoniosos desde que el sol baña en la luz del alba su rubia cabellera, hasta que apaga su fulgor en el ocaso; y vuelves á cantar desde que centellea en el cielo como un diamante la estrella vespertina, hasta que la noche recoge susurrando sus alas tenebrosas. Pocos instantes, durante el dia, callas para respirar y para gozar en la soledad deleites amorosos. Tú saludas á la noche sombría, silbando canoro cuando todas las aves están enmudecidas; entonas á la luna himnos sonoros y llenos de armonía, interrumpidos con flautados gorgeos, con suaves arrullos y con silbidos melodiosos; das entonces á tu voz musical una entonacion tan lánguida, y á tu canto cadencias tan armónicas, que los ángeles mismos suspirarian al escucharlas. Verdaderamente estás inspirado entonces por un espíritu, porque hay en tu voz algo de angelical y de divino. Pocos instantes duermes meciéndote en tu nido, y todavía interrumpes de cuando en cuando tu fugaz ensueño con un dulce gorgeo, con el preludio de un nuevo canto, que los delirios del sueño te inspiraron.

No cantas solo por instinto como otras aves, sino que te deleitan tus propias armonías, y al escucharlas saltas de contento, vuelas, giras, te estremeces de gozo, y trémulo y ardiente agitas voluptuoso tus alas cenicientas. Llega, en fin, la estacion en que te despojas de tu pardo plumage, y entonces enmudeces, arrancas con el pico tus suaves plumas, te escondes en la espesura de los bosques, y te aletargas meciéndote en las ramas. Estás entonces triste, como el poeta que ya no tiene inspi-

raciones, silencioso como la lira que los bardos de Israel colgaron de los sauces de Babilonia para que nadie pulsase en el destierro sus cuerdas armoniosas.

Reducido á cautiverio por el hombre, le deleitas con tu armonía, y suavizas con melodiosa voz las penas de su vida. Desfallece tu corazon en este cautiverio, y te adormeces como en los dias de muda; mas pronto te consuelas, porque hallas en la domesticidad armonías mas encantadoras que las que oias entre la selva; porque el acento de la muger que te acaricia es tambien sonoro como tu voz, melodioso como tus amorosos gorgeos, suave como el chiflido con que enseñas el canto á tus poyuelos. Tu existencia salvage era una vida de amor y de placeres, de esperanzas y deleites. Tu existencia doméstica es una vida de ilusiones, y de tiernas y poéticas memorias: saboreas en ella el encanto de la melancolía, sus brillantes delirios, sus gratas ilusiones. Oyes de noche las serenatas que canta el trovador; oyes vibrar las cuerdas de su lira con célicas melodías, y recoges luego en tu corazon aquella armonía, y palpita tu pecho de amorosos recuerdos agitado. Los acentos del piano y de la flauta, y la vihuela, llevan tambien á tu alma torrentes de armonía, que la inundan en plácidas delicias; pero te enagenas con inefable placer cuando la voz de la muger hace resonar en tus oidos una cancion de amor, cuando mezcla á sus tiernas modulaciones suspiros y sollozos; cuando interrumpe por un instante su angelical concento para gemir, para enjugar alguna lágrima; cuando comunica, en fin, á su melíflua entonacion aquel estremecimiento voluptuoso con que su corazon palpita enternecido..... Interrumpes entonces el silencio de la beldad, cantor de las florestas del Anahuac, y silbas las canciones de Rossini; repetidas por tu voz las arias de Bellini son mas melancólicas y mas encantadoras: eres un poeta que traduce á su idioma las trovas de otro poeta, y que enriquece sus cantares con nuevas armonías.

Si te escapas alguna vez del cautiverio y vuelves á los bosques, ¡con qué grata sorpresa escucharán los pájaros salvages, los acentos armoniosos de Norma, y tantas canciones de amor y de ternura, que aprendiste viviendo entre los hombres! Atónitas te oirán todas las aves, porque la música es el lenguaje armonioso de las pasiones, y solo el hombre que tiene intelígencia puede recoger en su corazon todas las voces de la naturaleza, todos los sonidos del viento, todos los rumores de la soledad, coordinarlos con armonía y hacerlos melodiosos.

Cenzontle encantador: he estudiado en la soledad la vida de las aves que pueblan nuestros bosques, de las que habitan en las riberas de nuestros rios, de las que nadan en nuestros lagos cristalinos, y de aquellas que vienen á nuestro pais de climas muy lejanos, que habitan aquí como forasteras, y que emigran dejando con pesar un suelo tan her-

moso. Al primer destello de la alborada, he sorprendido á la águila que dormia sobre una peña, con su cabeza oculta bajo una ala. Al salir el lucero matutino, he visto á la garza que se mecia en las ramas de un sauz, y que levantaba su airoso cuello para ver si la luz que aparecia era el albor de la mañana, ó el incierto fulgor de alguna estrella. He visto en Chapala al hermoso pelícano del lago, que se desperezaba y batia sus alas, porque las hondas se habian enrojecido con la luz de la mañana, y la aurora doraba los celages. He visto al chupa-rosa fabricar su nido de musgo entre el rosal, girar radiante como un pajarillo de oro y de esmeralda, reposar despues para empollar sus huevecitos; volar medroso, radiante como un prisma; volver á su nido cubriéndolo con alas refulgentes; y por defender aquel tesoro ha estado inmóvil y trémulo, hasta que yo lo he tomado con mi mano. He visto como al soplo del viento se mecia la alondra en su nido de heno, que oscilaba como una hamaca, cuando la luna asomaba su frente entre las nubes. Al resplandor del astro melancólico, cuando el aliento de las auras perfumaba las selvas silenciosas, he visto al pájaro-carpintero, que dormia en la oquedad de un arbol carcomido; he silbado como el halcon al acercarme al nido, y la avecilla ha chillado de horror, y trémula, azorada, ha cubierto sus huevecillos con sus alas color de rosa, y los ha ocultado con timidez bajo sus plumas. A la media noche he asaltado en su nido de abrojos al cuitiacoche que silba para anunciar los huracanes; he llevado conmigo el nido y sus desnudos pajarillos; las avecillas han ido á la jaula á darles de comer; y yo entre tanto admiraba la rara prevision con que construyen estos pájaros sus nidos; los tapizan en lo interior de plumas suaves, para que reposen sobre ellas sus poyuelos, y los cubren en lo esterior de zarzas y de abrojos, para que la zorra y el ardillon se espinen al tocarlos. He admirado el hermoso nido de la pendulina, construido con primor y con asombrosa inteligencia. He visto en Chapultepec, á ese pájaro que sale de la espesura de aquel bosque, á la hora del crepúsculo, y que vuela entre los rayos de oro y grana, entre las ráfagas anteadas del sol que se hunde en el ocaso. He oido en la soledad esas armonías encantadoras, esas voces melodiosas y suaves, esos cantos sonoros y cadenciosos, esa sinfonía deliciosa con que las aves desahogan su ternura; y á pesar del entusiasmo que han encendido en mi alma estas bellezas, he cazado á los pájaros canóros, y á las aves de espléndido plumage; ó los he cautivado, ó los he herido. Pero cuando te he visto ¡oh pájaro armonioso! no he dirigido mis tiros contra tí; porque hay en tu voz algo de poético y sublime, que trasporta á nuestra alma y la embelesa; hay en tu canto inspiracion, y este don de Dios hace gozar al hombre delicias inefables.

Ave armoniosa y poética, yo te amo cuando interrumpes mi sueño con tu flautada voz, cuando entretienes mis ardientes vigilias, con tus

dulces arpegios, interrumpidos con pausas melancólicas. Cuando en el templo ha resonado el órgano con sus cien voces magestuosas, cuando el eco sonoro de estas voces se pierde entre las cúpulas sombrías, yo te veo volar en tu jaula de oro y de ébano, y te distingo cuando saltas festivo entre las nubes del incienso, y entre los rayos del crepúsculo. Interrumpes entonces el silencio de la oracion con angélica melodía, y transportada nuestra alma de delicia, no sabemos si oimos tu voz ó el himno de un arcángel.

Tambien como á los poetas, te inspiran los sepulcros silenciosos, y volando de noche entre las tumbas, cantas con lánguida armonía, como si tambien para ti hubiese allí, como para los hombres, tiernas memorias, recuerdos dolorosos y tristes predicciones. ¡Bendígate el Señor, ave canóra, porque así entonas con triste melodía, el himno de los muertos; porque das entonces á tus tonos tan dulce afinacion; porque recreas con tus dolientes trinos á los que allí reposan en el letargo de la muerte! ¡Tambien ellos tienen como los que aun vivimos, dulces memorias, recuerdos afectuosos, y tiernas esperanzas!

EL RIO DE JONACATLAN.

Te veo al fin, ¡ó rio! grande, salvage, ruidoso y solitario. Te veo venir somero y silencioso; pero chocas con estas peñas, y resuena la soledad con el estruendo de tus ondas. Te precipitas partido en cien torrentes, y estos torrentes, blancos, espumosos como los copos de la nieve, brillantes como unos rios de plata, transparentes como un cristal fundido, caen formando por todas partes bóvedas, fuentes, arcos ó cascadas; se desgajan despedazados por las rocas, ó chocan entre sí estrepitosos y agitados; se hunden en la caverna, hierven y rebosan, y vuelven á salir humeantes, espumosos, arrojando vapores y rocío, resonando con el estruendo de la tempestad, y deslizándose, al fin, para seguir su curso silencioso.

Tu voz ¡ó rio! tu voz mas grande que el rugido de un leon en la caverna, mas que el bramido del huracan entre las selvas, resuena en mi alma como el grito de un Dios que está enojado. Al escucharla, mi corazon palpita, y mi alma se conmueve y se enagena.

Te alumbra el Sol, y el Iris estiende sobre tí sus alas esplendentes, y te forma esa aureola de luz con que te ciñes, ese arco de oro y de ametista por el que pasas como un guerrero despues de su victoria. Esa lluvia de luz que cae sobre tí como una tela de oro transparente, esas sombras que se van agrupando entre tus olas; esos trozos de agua que se desgajan por todas partes, que vuelan por el aire, que se pierden en una nube vaporosa; esas peñas que están para desplomarse sobre tus ondas; esas cavernas sombrías sobre las que caen tus aguas como un velo de plata; esas ondulaciones que tus olas levantan, deshacen y vuelven á formar con una rapidez inconcebible; esta soledad que me rodea, ese estruendo que no me deja escuchar ni mis palabras, todo conmueve mi corazon, me agita y me enagena. Mi alma está ahora conmovida, como lo estuvo esta montaña el dia en que el fuego de la tierra abrió este cauce en que ahora te despeñas.

Mi espíritu estaba adormecido y sosegado, mis afectos serenos como las ondas de un lago que está en calma. Pero oí el éco de tu voz, ¡ó rio! y mis pasiones se levantaron tumultas y mi alma ha vuelto á ser como tú mismo, grande, salvage, turbulenta y solitaria.

¿No es cierto que hay en tí algo de divino?... ¿No es cierto que el hombre que tenga en su corazon uno de esos secretos que no se pueden revelar sino á la soledad, puede decirlo aquí, y que lo escuchará entre el estruendo de tus ondas el Dios de las cascadas y torrentes?

¡O rio! Ojalá y yo te hubiera visto cuando los pensamientos brotaban á raudales en mi espíritu, cuando las ideas y las ilusiones se sucedian en él con la rapidez con que tus olas te suceden. Entonces yo hubiera pulsado en tu loor la lira de los poetas. Pero ahora mi alma está muda, triste y sombría como los génios de la selva. Ahora yo no he podido consagrarte sino mis lágrimas, que se han confundido en tu corriente; mis suspiros que se han ahogado con tu voz, y un recuerdo que se desvanecerá tambien como se disipa tu niebla vaporosa.

Fijo en fin sobre tí mi última mirada; pero esta mirada, ¡ó rio! es ávida, insaciable, tal que ha podido transmitir á mi alma tu hermosa imágen en toda su grandeza; y en esta imágen te veo aún, tal como tú eres; primero raudo, manso y apacible; despues ruidoso y belloso, salvage y turbulento; rápido al fin, somero y silencioso.

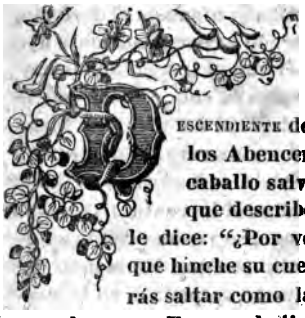
EL INCENDIO DE UN BOSQUE.

Varias veces habiamos visto á lo lejos, durante la noche, esas grandes fajas de fuego que se estienden por una larga serranía, y que se ven á muy grande distancia; pero en una ocasion nos hallábamos en el campo, cuando en un bosque inmediato hubo un incendio. Vimos tan de cerca sus estragos, que jamás se borrará de nuestra imaginacion aquella horrible escena.

Era ya de noche, cuando comenzamos á ver en el pátio de la casa un vislumbre estraño, un reflejo á veces pálido y á veces enrojecido, que desaparecia por momentos y volvia á aparecer. No sabiamos de pronto á qué atribuir aquella estraordinaria iluminacion, cuando saliendo de la casa vimos que el bosque habia comenzado á arder, y que en vano se hacian los mayores esfuerzos por cortar el fuego. Al principio no se habia incendiado sino un pequeño terreno que aparecia entre la sombra y espesura del bosque como una isla toda iluminada; despues comenzaron á salir de él algunas llamas que corrian en varias direcciones con asombrosa celeridad, como culebras de fuego que se deslizaban entre la selva; aquellas llamas empezaron á comunicarse entre sí, y á cruzarse en todos sentidos, como rios cuyas corrientes se atraviesan, y de cada uno de aquellos rios de llamas salian otros que se deslizaban, mugiendo en diferentes direcciones. El cielo habia comenzado á enrojecerse, y el bosque en la mayor parte de su estension estaba iluminado con una claridad que se interrumpia en muchos puntos por columnas de humo que, retorciéndose, subian hasta las nubes. Entre aquellos remolinos de humo espeso, en parte negro, en parte ceniciento ó color de cobre, se veian pasar en parvadas muchas aves que dormian en el bosque, y que al despertar aterrorizadas por el bramido de las llamas, estaban deslumbradas con el reflejo del incendio, y vagaban como estraviadas y vacilantes en su vuelo. Algunas de estas aves caian entre las llamas, sofocadas por el humo, y otras se perdian á nuestra vista entre los remolinos de humo y llamas que se levantaban, se mecian en el aire, ó se desvanecian, deslizándose sobre la tierra. El fuego se hacia á cada instante mas voraz y se propagaba con espantosa velocidad por todo el bosque. Oiamos sus bramidos espantosos, que de cuando en cuando se interrumpian con lúgubre silencio, y entonces percibiamos el cru-

gido de los árboles desgarrados por las llamas; crugido que se repetia en muchos puntos y parecia el gemido de una víctima. Oiamos tambien por intervalos el espantoso ruido que resonaba en la selva y que formaban los toros que bramaban, los coyotes que ladraban con una voz aguda, los lobos que ahuyaban asustados, y las manadas de ciervos, de caballos y de burros monteses, que recorriendo el bosque por todos rumbos, buscando un punto por donde salir de entre las llamas, bufaban, coceaban enojados y relinchaban con penetrantes gritos. Veiamos á estos hermosos animales brincar como las liebres entre las llamas, tomar una direccion, encontrar en aquella horrible confusion algunos lobos, (cuyo aspecto era espantoso en aquellos momentos de desesperacion) variar de rumbo, volver al punto de donde habian partido, separarse, reunirse despues, y llegar al fin al rio á cuyas aguas se lanzaban enfurecidos. El viento comenzaba á soplar y la voracidad del incendio se aumentaba. Apenas quedaban ya en el bosque algunos puntos que no se habian incendiado todavía; el resto de la selva hasta donde alcanzaba nuestra vista, era un gran lago de fuego, cuyas márgenes se perdian en el confin del horizonte. Algunas grandes víboras, que por sus dimensiones parecian de mucha edad, salian silbando de entre la tierra, y las distinguiamos cuando se mecian en las ramas de algunos árboles; chillaban, se colgaban como para lanzarse sobre las llamas, se enroscaban despues entre los troncos y caian al fin tostadas por el fuego. Tres horas habian pasado y nuestra vista estaba fatigada de aquella horrible escena; entre tanto la bóveda del cielo se habia cubierto de nubes tempestuosas, pero enrojecidas por el reflejo de las llamas; parecia entonces aquel cielo un horno inmenso encendido, y que arrojaba por todas partes humo y llamas. De repente el viento comenzó á zumbar como cuando se acerca un remolino; soplaba por todas partes, y el incendio que se habia estendido por los bosques, recogia sus llamas á un solo punto, como cierra la águila sus alas para posar sobre la tierra. Entonces se formó frente á nosotros una pirámide de fuego hermosa y gigantesca, rodeada por todas partes de humaredas que se esparcian sobre la tierra como nubes. A poco rato el huracan rugia, volaban por el aire gruesos árboles encendidos, que á grande elevacion aparecian como unas chispas; grandes gotas de agua comenzaron á caer, y nos retiramos rendidos de fatiga. Al llegar á la casa volvimos la vista para contemplar por la última vez la grande hoguera; pero no era ya una gruesa pirámide, sino que, arrebatado el incendio por el viento que remolineaba en aquel punto, subia á los cielos como una hermosa columna de fuego, bramaba como la tempestad, y se retorcia sobre sí misma.

EL CABALLO SALVAGE.



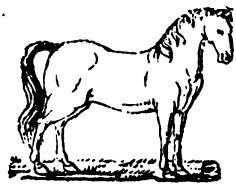
Descendiente de aquellos potros árabes, que en tiempo de los Abencerrages recorrian las vegas de Granada, el caballo salvage de América es hermoso, como aquel que describe el mismo Dios cuando increpando á Job le dice: "¿Por ventura darás fortaleza al caballo y harás que hinche su cuello cuando relinche? ¿Por ventura le harás saltar como langosta?..... La magestad de sus narices causa horror. Escarva la tierra con su pezuña, encabritase con brio, corre al encuentro de los armados. Desprecia el miedo y no cede á la espada. Sobre él sonará la aljaba, vibrará la lanza y el escudo. Con hervor y relincho muerde la tierra, y no le asusta el sonido de la trompeta. Luego que oye la bocina, dice: ¡Ah! Percibe de lejos la batalla, la exhortacion de los capitanes y la algazara del ejército."

El caballo salvage de América vive tambien en los desiertos como el de Arabia; pero el desierto no es aquí árido y polvoso como el de la Africa, sino verde y ameno, atravesado por caudalosos rios, formado de llanuras inmensas, interrumpidas por algunos bosques sombrios y por algunos torrentes impetuosos.

¡Qué bello es el caballo de América, cuando oyendo el ahullido del salvage, se para magestuoso, olfatea, bufa, levanta su cola ondeante, y sacudiendo su profusa crin, parte veloz, como la águila que tiende su vuelo sobre la tierra para agarrar su presa! Al oir como resuena en la soledad el estruendo de sus pisadas, al verlo perderse en la nube de polvo que levanta, se diria que era un torbellino que atraviesa furioso por la selva! ¡Qué bello es cuando en la márgen del rio se para fatigado, y relincha contento, arrojando por sus narices humo y fuego, escarvando la tierra con sus cascos, fijando en la corriente sus ojos centellantes! Respirando anhelante, de su cuerpo, cubierto de espuma, exhala por todas partes un vapor ardiente. Tambien es hermoso cuando recorre su manada, cuando mordiendo por aquí y por allí á las yeguas que andaban descarriadas, las reune junto á sí, relincha ufano, y corriendo con ellas en tropel se pierde entre los bosques.

Uno de esos fogosos caballos atraia por su belleza las miradas de los salvages, de esos scitas de nuestro pais, que montados en sus corceles impetuosos infunden á estos animales el mismo cáracter feroz, el mis-

mo instinto devastador que los hace á ellos tan horribles. Jamas el noble potro habia tascado el freno, ni el lazo del indio habia caido sobre su cuello magestuoso. La mano de un guerrero bárbaro no habia tocado todavia su piel lustrosa y color de oro, ni habia manejado su negra crin que flotaba ondeante cuando él vagaba ufano en el desierto. Una tarde pacia contento en el hervoso prado y repentinamente oyó el alarido del salvage, mas espantoso para él que el trueno de los cielos. El caballo eleva su frente, levanta y arquea su cola, y corre por la vega con el estruendo del huracan, con la celeridad del viento.... Llegó la noche, y el guerrero lo seguia aún en su veloz carrera. Se perdió, y el indio, descarriado, bajó precipitadamente á la cascada. Vino la tempestad, y al fulgor del relámpago se iluminó el torrente. Apareció entonces una vision, y sobre un fondo de fuego, se vió una sombra que volaba, que caia, y que se perdia en el remolino en que bramaban las ondas espumosas. Era el caballo salvage que se despeñaba en la cascada: el guerrero lo contempló por un instante y dijo amedrentado: ¡Es el espíritu de la tempestad, es el dios del trueno!....



EL BOSQUE DE CHAPULTEPEC.

Qué fué de aquellos hermosos vergeles, de aquellos bosques magníficos que los reyes de Tenoxtitlan y de Tezcoco plantaron en los dias de su grandeza, de su poder y de su gloria?... ¡Todo fué devastado por la barbárie de los conquistadores!

¡Solo tú, bosque grandioso, has sobrevivido á tanta devastacion y á tantas ruinas! Tú embelleces todavía con tu frondosidad, con tu verdor y con tus sombras ese sitio de tantos recuerdos, tan silencioso y lleno de misterios. Todavía en tu recinto se levantan excelsos, robustos y lozanos, aquellos ahuehuetes, bajo cuya sombra reposó Cortés y la hechicera Malitzin, Moctezuma y sus concubinas, y sus guerreros valerosos. Todavía esos árboles gigantescos cubren con su ramage la alberca en que se bañaron tantas hermosas indias del harem de aquel sultan; y se oye aún, junto á esa alberca, aquel mismo murmurio que adormecia á los príncipes de Anáhuac, cuando reposaban en el regazo de sus queridas, despues de una victoria. Todavía, recorriendo tu recinto, podemos seguir aquellas sendas por donde vagaban los guardias de la corte, cazando pájaros y alimañas; y cuando vuelan las aves entre las selvosas ramas de tus árboles, parece que silban en el viento las flechas que disparaban aquellos cazadores. Porque bajo tus bóvedas de verdura, en la espesura de tus excelsos ahuehuetes, y en tus veredas tortuosas y sombrías, por todas partes hay recuerdos, por todas partes aparecen esas memorias de lo pasado, que por sí solas bastarian para hacerte, como eres, tan hermoso!

Venid á este bosque, hombres que amais la soledad, y que buscais inspiraciones. Vereis que bello es, cuando en la alborada del dia interrumpen las aves con sus silbidos el silencio con que se adormecia aquella naturaleza salvage y misteriosa. La cumbre de los árboles mas colosales se ilumina con el albor de la mañana, y entonces resaltan mas esas sombras, entre las que se mecen suavemente las ramas de la selva. Por entre esas ramas flotantes y sombrías pasan algunos rayos de luz, y uno que otro pájaro atraviesa esas ráfagas, volando perezoso.

Al medio dia, la luz del sol cae sobre el bosque como una gasa de oro que flota entre las ramas. Entonces sorprende mas ese hermoso contraste de sombras y de luz, que hace á aquel sitio tan bello y misterioso. Uno que otro graznido, uno que otro canto interrumpe el silencio del bosque; porque las aves van en aquella hora á buscar sombra y frescura hasta la cumbre de los ahuehuetes, y á esconderse del sol entre los ramosos brazos de aquellos árboles.

En la tarde, el cielo se tiñe en el Occidente de rocicler y nácar, se inunda con un fulgor purpúreo, ó se estiende en él un velo de topacio. Sobre esa tela de luz que flota en el Ocaso, vereis como se diseñan con sus grandiosas formas, con sus membrudos brazos, y con su tupido y sombrío ramage, aquellos ahuehuetes, que aislados y dispersos forman en el bosque grupos pintorescos. Entonces vaga entre ellos ese pájaro que llaman crepuscular, porque sale á cazar insectos, á la hora en que el lucero de la tarde centellea entre las ramas de la selva. ¡Qué vago se percibe entonces en esta soledad el rumor de la corte populosa y el éco sonoro de las campanas, cuya voz resuena magestuosa, cuando el ángel de la oracion baja á la tierra!

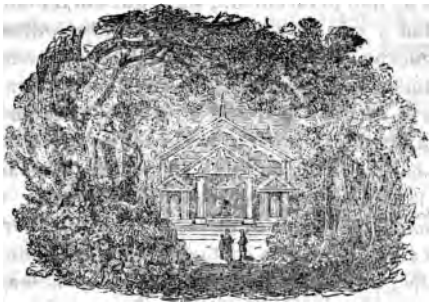
En la noche, la oscuridad del bosque es imponente, misterioso el silencio de aquel vasto recinto, y poético el murmurio del viento rumoroso.

Pero nada está mas en armonía con la magestad y silencio de este antiguo bosque, que esa luz aperlada y suave, esa apacible claridad que la luna derrama sobre la copa de los árboles, y esos rayos plateados del astro de la noche, que penetran entre las sombras, que vagan trémulos y brillantes cuando el follage se agita al soplo de las auras. Entonces el silencio de la selva, interrumpido solamente por el murmullo de la noche, y la luna que riela sobre las ondas de la alberca; y las sombras de los árboles, cuyas formas fantásticas varian á cada instante, todo da á Chapultepec un aspecto salvage, y al mismo tiempo augusto y misterioso. Se trasporta uno involuntariamente á los pasados siglos; y cuando entrevee algunos árboles cubiertos con la niebla vagarosa, cuando escucha el murmullo de los vientos, le parece ver un guerrero que pasa por la selva, un cazador parado bajo un árbol, y que se apoya en su arco formidable. Entonces, cuando se levanta de la alberca un vaporcillo, que la luna platea ligeramente, parece que asoma entre las aguas una de aquellas beldades indias de los tiempos de Guatimoc y de Alvarado....

¡Qué magestuosos sois, soberbios ahuehuetes, y qué venerable es vuestro aspecto, cubiertos con ese parásito ceniciento que crece sobre vuestras ramas y brazos gigantescos! Al veros envueltos en él, se diria que el tiempo habia ido acumulando sobre vosotros el polvo de los siglos. Ni las tempestades, ni el huracan, os despojan jamas de ese

manto pardo y ondeante que os hace tan hermosos. ¡Vivid aún, por muchos siglos, árboles excelsos, que tantas veces habeis visto estallar sobre vuestras cabezas el rayo de los cielos!

¡Ah! Si en la soledad hay algunos génios que se recreen en contemplar las bellezas salvages de una naturaleza vigorosa, magnífica y fecunda, yo les pido que sean propicios para vosotros, y que os preserven de la barbárie de los hombres. ¡Ojalá y la presente generacion no llegue á ver por el suelo vuestros enormes troncos, ni mutilados vuestros brazos, ni marchito el verdor de vuestras ramas! ¡Ojalá y un siglo que presume de civilizado, conserve y embellezca cada dia mas ese bosque que los antiguos veneraron como sagrado, y que lo dejaron á su posteridad, como un monumento de su civilizacion, como resto magnífico de una vegetacion salvage, exuberante y prodigiosa!



EL CIERVO.

Ved aquí uno de los animales mas hermosos que Dios ha criado. Cuando se ve en una fuente, él mismo se recrea, mirando su belleza. Destinado por la naturaleza para pasar en los prados una vida salvage, libre y agitada; desprovisto de toda arma ofensiva y espuesto por lo mismo, á los ataques de las fieras, ha sido organizado de una manera que corresponde admirablemente al género de vida que se le ha asignado. Su porte es elegante, su talla es esbelta, todas sus formas son airosas y bien proporcionadas. Si en el elefante todos los miembros corresponden por su robustez y su firmeza al desarrollo de una fuerza y de una resistencia extraordinarias, en el ciervo por el contrario, todo es ligero, fino y delicado, como convenia á un animal que para subsistir tiene que vagar incesantemente, y para libertarse de una persecucion, tiene que correr con una extraordinaria celeridad y que salvar multitud de obstáculos con la mayor destreza. El cuerpo del ciervo es, pues, delgado y torneado muy graciosamente; admira no obstante, cómo este cuerpo, por ligero que sea, puede sostenerse en unas piernas, á primera vista tan frágiles como una caña, y tan flexibles como un trozo de junco. El cuello movible del ciervo y su cabeza delicada están en armonía con las demas partes del cuerpo por la proporcion y la gracia de sus formas. La naturaleza, que habia hecho del ciervo el rey de las praderas, ha coronado la frente de este bello animal con una cortamenta que en nada se parece á la de otros animales; porque no está formada de astas sencillas y agudas como las del toro, ni de llaves retorcidas en espiral como las del carnero, sino de troncos elevados, aéreos y adornados de ramificaciones que dan al ciervo aquel aspecto de nobleza y gallardía que lo hace tan gracioso. Sus ojos son negros y grandes, y sus miradas indican al mismo tiempo la timidez, y la curiosidad de la inocencia. El ciervo es de un color pardo claro; pero algunas veces se presentan en nuestros bosques ciervos de una piel blanca y resplandeciente como la nieve; estos animales son un portento de belleza.

El ciervo es un animal dulce por carácter; pero al mismo tiempo tímido y medroso. Como su salvacion está en la fuga, vive casi siempre en descampado, en los hervosos prados y en las grandes llanuras, adon-

de puede descubrir á sus enemigos muy á lo lejos, adonde no está espuesto á los ardides del cazador y á las asechanzas de las fieras. Si entra á los bosques es con recelo, y comunmente de paso, cuando va á sombrearse ó á descansar de las fatigas de largas correrías. Por lo comun duerme en las orillas de los rios, escogiendo siempre los parages mas despoblados de árboles para no ser sorprendido; su sueño es ligero y de muy corta duracion, interrumpido comunmente por ensueños ó desvarios que le presenta una viva imaginacion y una medrosa fantasía. El ciervo solamente habita en las hendeduras de las peñas cuando la hembra va á parir á aquellos sitios y durante los dias en que los cervatillos están todavia débiles.

En los ciervos el amor es un afecto muy vehemente aunque fugaz y pasagero. Agitado el ciervo por el amor, pierde su timidez y cobardía y se hace temerario. Entonces recorre las llanuras, los bosques y montañas, atravesándolos en todas direcciones y haciendo resonar en el campo un bramido ronco y penetrante. Busca á la hembra con tal ardor que todo lo atropella; se precipita sobre cualquier obstáculo, apenas duerme, come y bebe como de paso, sin detenerse para nada. Se creeria, dice un escritor moderno, que habia perdido la razon. Embiste al hombre que lo persigue; y si se encuentra entonces con otros ciervos, todos mugen, todos braman á un mismo tiempo y se traban entre ellos luchas terribles, en las que reciben, por lo comun, graves contusiones. La hembra huye, como espantada del furor con que se mira perseguida y cede por lo comun al ciervo que salió vencedor en la contienda.

Pasada la brama, el ciervo cae en una estremada languidez; estenuado por los placeres, se retira á reponer sus fuerzas en los lugares en que los pastos son mas abundantes y suculentos.

El ciervo vive por lo comun de diez y ocho á veinte años; edad sin duda muy avanzada para una vida tan ardiente, tan agitada y tan inquieta.

Perseguido el ciervo por los cazadores, corre con una velocidad indescribible; atraviesa las selvas como una saeta, pasa como una exhalacion por las llanuras, sube á las montañas con estraordinaria celeridad, se precipita de las alturas, se despeña de una roca, salvando los torrentes, baja á los prados y se desliza por ellos como una sombra; llega á la márgen de un rio, no se detiene un solo instante, sino que se lanza sobre las ondas, se sumerge en ellas casi todo, y al ver flotar sobre las espumas del raudal aquella cabeza coronada de tan hermosa cornamenta, se diria que era Acteon, perseguido por los perros de Diana, ó uno de aquellos sátiros, que en la antiguedad habitaban los rios y las florestas.

LAS BELLEZAS DEL OTOÑO.

Poco ha que el sol del estío vertia á raudales su claridad sobre la tierra: una luz argentada, ondeante y trémula caia sobre el azul del cielo, como un velo de plata trasparente. La naturaleza estaba inundada de esplendor, de fuego y vida; unos dias presentaban al hombre las variadas escenas de la tempestad, magníficas y bellas; otros, ardientes y serenos, ofecian á la contemplacion un cielo de diamante. Se diseñaban sobre él en el confin del horizonte, inmensas cordilleras de montañas, unas azules y doradas, otras enrojecidas como el rubí, otras cubiertas de verde-mar, y los contornos de sus crestones y sus rocas se percibian con claridad, porque la atmósfera estaba diáfana, pura y cristalina. Si algunos vapores se levantaban de los rios y de los lagos, no se estendian sobre la tierra para ofuscar su claridad, sino que se elevaban albos y radiantes, ó flotaban en el cielo como una leve espuma, dorados por la luz de la mañana. Un tapiz de verdura, salpicado de flores esmaltadas, cubria á toda la tierra, y mariposas aterciopeladas, y palomillas color de fuego, vagaban á millares en los prados; por todas partes volaban pájaros silbando melodiosos; los insectos zumbaban, las chicharras chillaban al medio dia, y las aves se zabullian en las corrientes. En la siesta la luz ondeaba en las llanuras formando la calina: los ciervos reposaban á la márgen del rio, y los toros mugiendo, atravesaban á nado los torrentes.

Ahora todo ha cambiado en la naturaleza, el Otoño ha llegado envuelto en su manto de nieblas, ha tendido este manto sobre la tierra, y el sol ha ofuscado su resplandor, el cielo se ha opacado como un espejo que se empaña; el verdor de los campos se ha marchitado; el follage de las florestas se ha empalidecido, y el viento que empapaba antes sus alas de lluvia ó de rocio, y que las perfumaba con los aromas de las flores, ahora seca y marchita cuanto toca; no esparce ya sobre la tierra sino hojas pálidas, flores despedazadas y el plumage de algunas aves. ¡Tristes despojos de la pompa magnífica de la naturaleza que se acumulan en el suelo, ó giran por el aire, ó caen sobre los rios y enturbian sus raudales! Así es como la tierra, adornada poco ha con galas esplendentes, está ahora cubierta de vapores sombríos y de pardas neblinas,

que ruedan á los piés de las montañas como densas y tristes humaredas.

Pero, en este cambio que la naturaleza ha esperimentado ¿nada ha quedado de belleza? Sí: la imaginacion puede aun reunir algunos primores, como recoge el mendigo en el estío las espigas que el cegador dejó en la sementera. Todavía por la mañana se descubre en algunos puntos el azul diáfano del cielo, que contrasta con la opacidad triste de la niebla. Por la noche se ven tambien algunas estrellas que reverberan con todo su esplendor, como los diamantes y rubíes que brillan en los mantos de los reyes. Otras estrellas, ofuscadas y nebulosas, arrojan una vaga claridad, como hermosuras virginales que cubren con un velo su belleza. Al amanecer se abren todavía en nuestros huertos algunas flores. Al medio dia las ráfagas del sol atraviesan la niebla como unas cintas de oro, formando así un pabellon de luz espléndido y flotante que baja hasta la tierra. En la tarde algunas aves taciturnas ó solitarias cruzan por el viento.

Fijemos la atencion por un momento sobre esas melancólicas bellezas del Otoño, y contemplándolas, aliviemos nuestra alma del tedio que la abruma en estos dias opacos y silenciosos, y en estas noches que giran lentamente, como fantasmas que pasan arrastrando sobre la tierra su cauda vaporosa. De todas las flores que esmaltaban poco ha nuestras praderas, nuestras colinas y montañas, solamente hallaremos algunas rosas silvestres, esparcidas aquí y allí entre las zarzas y las breñas. Algunas yedras blancas, azules, ó color de lacre, cubren todavía las copas de los olmos y fresnos deshojados. Algunos mastuerzos color de sangre, jaspeados de amarillo, se enredan en los troncos de la vid, desnuda ya de todo su follage. Entre la grama pálida del prado asoman todavía las amapolas teñidas de arrebol, y algunos lirios. La rosa blanca con tintes de carmin, rodeada de pimpollos, se mece entre la niebla, como flotaba Venus, al nacer, entre la espuma del Oceano. Al derredor de estas flores vagan todavía algunos colibrís; pero estos pajarillos no fulguran ya, como cuando los bañaba el sol con su luz de oro; agitadas sus aletillas, parecen un vapor plateado y trasparente.

Casi todas las aves canoras han desaparecido; otras que viven aun entre nosotros están pelechando, enmudecidas, y retiradas al fondo de las selvas. Se ausentaron aquellas aves, dejando vacíos y abandonados aquellos nidos que construian poco ha con tanto afan y con tanto arte, como si fuesen de aquellas tribus salvages que emigran de su pais, dejando en el desierto sus chozas solitarias.

Las grullas son las aves que en mayor número llegan en el Otoño á estas comarcas. Unas son pardas, como si aun no sacudieran de su plumage el polvo del desierto; otras tienen las alas teñidas de rojo, como si

tuviesen sobre ellas manchas de sangre; otras son blancas y brillantes, como si la nieve del polo cubriese todavia sus vestiduras. Estas forasteras han salido del Septentrion, han atravesado las llanuras y serranías de los Estados soberanos de América; han entrado despues á las tierras de los salvages; en seguida á los desiertos del Nuevo-México, y á las soledades del Mapimí; han llegado por otros rumbos á las sierras y llanos de Chihuahua; han dormido en las márgenes de los rios pintorescos de Durango, y han pasado sobre las montañas románticas y bellas de Zacatecas, dispersándose de allí por todas las llanuras cubiertas de sembrados. Estas aves cruzan ahora por el cielo á diferentes horas del dia y de la noche, describiendo ángulos en su marcha, haciendo evoluciones, graznando fatigadas para ir á reposar junto á los lagos. Diferentes familias de patos han venido tambien á poblar nuestras charcas y lagunas; unos son pardos y jaspeados de diversos colores, otros verdes con un reflejo azul sobre las plumas, otros morados, ó de un color mezclado de rojo y ceniciento, ó cubiertos con un plumage tornasol, siempre brillante. El pescador azul con su penacho que le da un aire tan salvage, con su cuello mas blanco que el armiño, es uno de los mas bellos pájaros de Otoño; se mece en las ramas del sauz que caen hasta las ondas, y se retrata hermoso y pintoresco en el espejo de los lagos. Suelen llegar tambien en estos dias algunas otras aves pasageras, algunos pájaros estrangeros que van de tránsito, y que se quedan aquí por poco tiempo; son pelícanos blancos con jaspes verdes sobre las alas, que vienen tal vez de Chapalán, de Pátzcuaro, ó de otros lagos magníficos de México, y que han caminado mas de cien leguas para llegar á estas comarcas. Son quizá ganzos hermosos que vienen de otros continentes, espátulas color de aurora, ó flamantes con sus alas color de fuego, cuya belleza contemplan envidiosas otras aves: todos estos pájaros acuáticos ó ribereños son taciturnos, pero de formas muy garridas, y de plumages muy brillantes. Entre las selvas quedan aun algunos mirlos azules siempre salvages, y escondidos entre el ramage de los árboles; se ven tambien algunos colorines y pájaros mulatos copetones, de melodioso canto.

En esta estacion la caza de aves es un recreo. Al medio dia, cuando en el campo todo es soledad, melancolía y silencio, se oyen los tiros del cazador y los ladridos de sus lebreles, que resuenan en las cañadas, y que repite el eco de los barrancos; asustando á las aves de la selva. Entonces pasa por el cielo la reina de los lagos, esa garza de cuello tan airoso, que flota sobre el aire mas leve que una espuma, mas argentada y blanca que la nieve.

Los paisages del campo en el Otoño, son bastante variados para recrearnos contemplándolos. Los árboles no presentan aquel verdor casi uniforme, que tiene su follage en otras estaciones; tampoco son

aquellos esqueletos desnudos é inmóviles, en los que silba el viento del invierno. En el Otoño algunas arboledas están verdes y lozanas todavia, cuando en otras cercanas el follage se ha marchitado, y en algunas se ha empalidecido; unas tienen ya un color pardo ò ceniciento, otras un tinte cobrizo ó ferruginoso, y esta variedad de colores y de sombras produce hermosos contrastes, y diversifica agradablemente las vistas y paisages.

Pero las noches del Otoño son tan melancólicas; el recogimiento de la naturaleza en esta estacion es tan augusto, y tan grave el silencio de la soledad en estas horas letárgicas y tristes, que únicamente el estudio y la meditacion pueden inspirar á nuestro corazon algun deleite; porque no se oye un pájaro que cante, ni insectos que susurren, ni se ve uno de esos gusanos de fuego que vagan en los prados, ni una de esas oleadas de luz con que la luna inunda á la tierra de claridad, cuando asoma por un instante entre las nubes; todo es opacidad, calma y silencio; apenas se oye de cuando en cuando el maullido del gato montés que sale de las breñas, el silbido de las culebras, el graznido de algunas aves pasageras. He aquí por qué hemos dedicado una de estas noches calladas y sombrías á bosquejar ligeramente las bellezas que en el Otoño esparció Dios sobre la tierra.

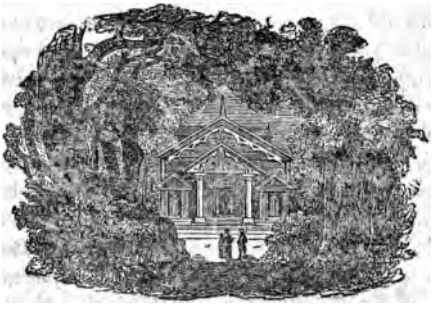
EL DESIERTO DE CUAJIMALPA.

Al subir la fragosa sierra que separa el valle de México de las amenas llanuras de la tierra caliente, hay un terreno selvático y solitario, cubierto enteramente de pinos, entre los que solo se encuentran algunos encinos y uno que otro árbol silvestre. La vista se cansa allí y se fatiga de ver por todas partes pinos, bosques y umbría, por todas partes soledad y un silencio que solo interrumpe de cuando en cuando el canto de las aves. Si dirige uno la vista al Sur, no vé sino el bosque de pinos que cubre y oscurece la serranía y algunas humaredas de los carboneros que salen de entre la espesura de aquel pinal, y se elevan hasta la cumbre de la sierra. Si vuelve uno los ojos á su derredor, el terreno por todas partes se presenta igualmente selvático; si fija uno sus miradas en los declives y quebradas, por todas partes una misma vegetacion, un mismo bosque, y una misma perspectiva. Solamente interrumpe esta uniformidad un trozo de agua pura, que baja de la sierra, como una culebra de plata; que corre y se desliza cristalina, que murmulla en algunos puntos, y que despeñándose en otros, da animacion y vida á aquella perspectiva. La elevacion de los pinos, la triste inmovilidad de estos árboles, el oscuro verdor de su ramage, aquellas grandes masas de sombra por entre las que solo penetran algunos rayos del sol; el silencio y la soledad del bosque, todo da á este desierto un aspecto salvage y melancólico.

Pero á lo lejos, en lo mas profundo de la hondonada, se vé blanquear un edificio, que parece un grande caserío. ¡Con qué ánsia desea uno bajar á aquel sitio donde espera hallar algunas familias campesinas, y al derredor de sus hogares algun cultivo! Mas, á proporcion que uno se acerca, va viendo con sorpresa, que aquello que parecia á lo lejos un estenso caserío, no es mas que un grande hacinamiento de ruinas. Es el antiguo convento de los carmelos del desierto, es el palacio destruido de unos cenobitas, cuyos restos manifiestan todavía su grande estension, su solidez, y la sencillez y regularidad de su arquitectura. Al entrar uno por donde fué la portería, se encuentra luego en un patio lleno de escombros, sobre los que han crecido algunos árboles. En-

tre ellos se vé un jacal ó choza, donde habita una pobre familia que cuida aquellas ruinas. Recorriéndolas, se pierde uno en un laberinto de patios, de claustros, de celdas, de subterráneos y de bóvedas.

¿Por qué habrán abandónado aquellos religiosos un sitio tan á propósito para el estudio y la meditacion, y para una vida solitaria y de contemplacion y penitencia?... Era, por otra parte, verdaderamente hermoso, para los que habitando en él perpetuamente, verian sucederse en esos bosques y en esas serranías las estaciones con sus magníficas escenas, con sus variadas y pintorescas perspectivas. ¡Cuántas veces habrán contemplado en la grandeza del poder de Dios, al oir crugir los pinos, destrozados por el huracan, que pasaba bramando entre la selva! ¡Cuántas veces habrán admirado las bellezas de una naturaleza salvage y misteriosa, cuando en la estacion de las lluvias hayan visto bajar de la serranía torrentes espumosos, oyendo resonar por todas partes el estruendo con que ellos se despeñan! En algunos dias de invierno habrán visto la cumbre del Ajusco, resplandeciente con la blancura de la nieve, levantándose hermosa entre el verdor sombrío de sus pinales. Otras veces, contemplando en la noche la tenebrosa tempestad, entre el fulgor del rayo y entre el estruendo de la selva, habrán creido ver á Eliséo que pasaba sobre las nubes en un carro de fuego. Para ellos, hombres piadosos, consagrados á la meditacion y penitencia, este retiro habrá sido sin duda hermoso, encantador. Ahora no hay en él mas que ruinas, verdes y umbrosos bosques, un trozo de agua pura, y algunas aves; una triste soledad y un melancólico desierto.



LA CAZA DE LA LIEBRE.

El dia está nublado, la tierra humedecida con la lluvia de ayer; el viento corre fresco y perfumado; de todas las plantas gotea rocío, las peñas destilan agua cristalina. Canta el saltapared; sus silbidos son el primer canto del dia, el himno melodioso de la mañana. Estos dias nublados son en el campo los mas hermosos; á lo lejos se ve la lluvia que cae como una tela de cristal, suspendida desde las nubes hasta la tierra. Todos los animales se regocijan con esta frescura, con esta apacible claridad de la mañana. Las aves cantan y vuelan en parvadas, los toros braman, escarbando la tierra, como si llamasen á la tempestad con sus bramidos; los caballos relinchan corriendo por las vegas.

Estos dias son hermosos para la caza de la liebre. Cuando los cazadores toman ya sus carabinas, los lebreles saltan de gozo, corren de aquí para allí y ladran impacientes. Este ladrido de los perros en el campo da animacion á las escenas de la caza; las aves se asustan, las alimañas salen de sus guaridas al escucharlo.

Ya los cazadores entran al monte, la jauria se ordena y no se oye ni un ladrido, ni una voz. Cada cazador se separa por diferente rumbo con sus lebreles.

¡Qué apreciables son estos animales, amigos del hombre de las selvas, compañeros del cazador y que habitan en sus cabañas, como miembros de la familia, reposando á los piés de su señor ó retozando con los niños! Rodeando al cazador cuando va á salir á sus correrías, los lebreles espian sus movimientos, quisieran adivinar su pensamiento; están pendientes de una seña, de una mirada, prontos á obedecer sus mandatos, sumisos como un esclavo, pero afectuosos, complacientes como un amigo. No son esos mastines perezosos que habitan en las ciudades, devorando sin provecho el alimento de los pobres; no son esos dogos torpes y rencillosos, que por todas partes suscitan quimeras y desórdenes; no son esos bouldoks feroces, capaces de devorar al mismo que los cria y los alimenta. El lebrel es activo, infatigable, es manso y afectuoso. Elegante en sus formas y rápido en sus movimientos, delgado por conformacion y casi desmedrado, aseado y limpio, hermoso por su piel aterciopelada, negra ó parda, ó blanca y salpeada

con unas manchas, pero siempre lustrosa y tersa; de rostro vivo y agusado, dotado de un oido muy fino y de una vista penetrante, parece que ha sido criado para la caza, y para competir con otros animales en la celeridad de la carrera. Solo él podia alcanzar á esa liebre veloz que salta ligerísima; que corre á brincos y se agazapa, se pierde entre las zarzas y sale de allí, tendiéndose por el suelo como una sombra, salvando en cada brinco los matorrales y variando á cada instante de rumbo y direccion en su carrera.

Ya los lebreles husmean el terreno en todas direcciones; se deslizan por el suelo, introducen la cabeza en todas las hoquedades donde tiene la liebre sus guaridas. Agazapados así escarban la tierra con las manos, mueven la cola para uno y otro lado, y de cuando en cuando sacan la cabeza para ladrar si han descubierto alguna huella.

Ya las liebres percibieron al cazador y á sus lebreles, y, amedrentadas, salen por aquí y por allá y se paran, moviendo hácia diferentes puntos sus orejas. Al verlas sentadas é inmóviles, se diria que dormian, ó que eran unas estátuas de piedra. El cazador se agacha, y anda paso á paso; no se percibe ni su respiracion; pero la liebre oye desde lejos sus pisadas, y á un tiempo silba la bala y la liebre salta veloz y rompe su carrera. Al eco de este primer tiro todo se anima en la soledad; otros tiros resuenan por todas partes y los lebreles gritan, ladran, corren, y se encuentran unos á otros, y las liebres saltan por aquí y por allí y pasan á la vista del cazador como una aparicion fugaz y leve. ¡Cuán hermosas son esas tímidas liebres cuando parten ligeras, tendiendo sus orejas hácia atras, saltando rapidísimas, escabuyéndose á la vista de los galgos que las persiguen, ó agazapándose astutas para dejar pasar al lebrel que las alcanza, y parándose despues á lo lejos medrosas y azoradas!

Los cazadores disparan por intervalos nuevos tiros, los perros se agitan, las aves graznan cruzando por el aire..... Ya vuelven algunos lebreles, trayendo en la boca algunas liebres ensangrentadas, corriendo y sacudiéndolas ufanos y contentos. Los chillidos de las liebres heridas se confunden con el ladrido impaciente de otros perros.

Los cazadores se reunen de nuevo; cada uno lleva en sus manos alguna presa; los lebreles saltan hácia ella, y brincan festivos y gozosos, mientras otros están á los piés del cazador jadeando de fatiga. La partida se retira, y los perros se adelantan corriendo y retozando; van y vienen sin cesar, y cuando llegan á la cabaña, se tienden perezosos en el suelo.

Tal es la caza de la liebre; diversion que no presenta las grandiosas escenas, ni causa las profundas impresiones de la caza de fieras; pero que, sin tanta atrocidad, proporciona en el campo un pasatiempo y un entretenimiento placentero.

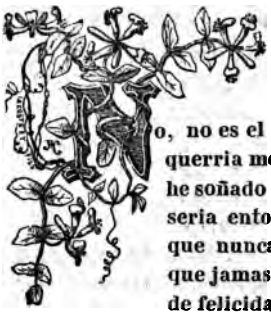
LOS AMORES DE LAS AVES.

La estacion en que las aves se sienten enardecidas por el amor, es la misma en que su plumage adquiere mayor brillo, y su voz mas flexibilidad y melodía. El macho es el que resplandece siempre con los mas vivos colores para seducir á la hembra con su belleza. ¿Quién podria describir entonces la variedad de colores y matices con que adornó la naturaleza el esmaltado plumage de las aves? Cubre á su amada el chupa-rosa, estendiendo sobre ella sus álas, refulgentes como un velo de luz que formasen las ráfagas de un prisma. El coa esconde á su querida bajo un pabellon de púrpura y rubíes. La hembra del colorin se cubre con las álas de su amante teñidas de escarlata. Las cotorras y guacamayas fecundizan su seno bajo un dosel de plumas verdes, rojas y doradas, con que adornan sus álas los pericos. Enardecido el canario por el amor, bate sus álas amarillas, y esponja su plumage blanco y resplandeciente como nieve. El pavo es el que ostenta mas pompa y esplendor cuando va á seducir á su querida. Levanta entonces su penacho azul mas suave que la seda, y desplegando su hermosa cauda, forma con ella una concha de oro y ametista, de rosicler y nácar.

El gallo es una de las aves mas fogosas y ardientes para espresar su amor; es sumamente celoso y combate enfurecido con sus rivales, cuando por la primera vez pisan su serrallo. En este combate de celos, el plumage del gallo, atornasolado y de colores metálicos tan bellos, se esponja y se hace mas brillante; las airosas plumas de su cuello forman al derredor de él una golilla hermosa, y su cresta se enciende y se enrojece con un color de grana.

Las aves son un modelo de amor hácia sus hijos, amor al que compara Jesucristo su ternura, cuando dice: "Jerusalén, Jerusalén, ¡cuántas veces quise recoger á tus hijos, *como la gallina recoge á sus polluelos!* Pero tú no quisiste."

LOS SUEÑOS.



No, no es el sueño la imágen de la muerte. ¡Ah! Yo querria morir, si estando muerto habia de soñar como he soñado tantas veces cuando duermo. La muerte no seria entonces para mí sino un ensueño hermoso, del que nunca quisiera despertar, un delirio halagüeño que jamas querria ver desvanecido; porque hay sueños de felicidad tan placenteros, que por ver realizadas sus dulces ilusiones, daria uno, sin dolor, todos los tesoros de la tierra. Las horas mas hermosas de nuestra existencia son aquellas en las que el tiempo, cuyos instantes contamos siempre con ansiedad, pasa sin que podamos percibirlo; aquellas en que nuestros ojos no ven miserias, ni se oprime nuestro corazon con la relacion de un infortunio; aquellas en que nos engañamos, pero agradablemente, y no con el dolor que causa en nuestra alma el engaño de los hombres. Cuando estas horas vuelan, el sueño cubre con un velo de oro las tristes realidades de la vida, nos hace olvidar así nuestros pesares, y nos transporta sobre sus álas muy lejos de esta tierra, en la que cada placer que recogemos es una rosa, cuyas espinas hieren vivamente, y cada delicia que gozamos una gota de miel que nos envenena al saborearla. Cuando el ángel del sueño gira susurrando al derredor de nuestro lecho; cuando pulsa su lira, cuya melodiosa armonía disipa nuestras penas; cuando derrama sobre nosotros un soplo que aletarga é infunde languidez; cuando, cubriéndonos con sus álas sombrías imprime en nuestros lábios un beso que adormece, ¿qué importa que nuestro lecho sea un colchon de plumas, ó una estera; un cojin de brocado, ó una piel de cíbolo; que tenga por cortinas una gaza de cachemira bordada de oro, ó el pabellon azul del cielo recamado de estrellas y luceros? ¿Qué importa que reposemos en una alcoba artesonada, ó en el recinto de una choza? Lo que queremos entonces es dormir, soñar, y delirar con plácidos ensueños. Yo he dormido algunas veces en los palacios de los poderosos, y despues en las cabañas donde pasan la noche los pastores. Me he arrullado oyendo en un piano las árias de Rossini, y despues me he adormecido con el susurro de los bosques, con el silbido de las aves y con el

suave murmullo de las fuentes; y en todas partes he dormido con tranquilidad y he delirado tambien con gozo y con ternura.

Hay recuerdos que, durante nuestras vigilias, están aletargados en nuestra alma, y que no despiertan sino cuando soñamos. No gozamos de ellos sino cuando dormimos, porque tales recuerdos son como aquellas flores que se cierran durante el dia, y que de noche perfuman el ambiente cuando se abren sus senos virginales.

EL PAVO REAL.

No intento describir una ave tan pomposa y tan espléndida; me limitaré solo á bosquejar ligeramente su belleza. Antes de escribir estas líneas la he contemplado muchas veces con admiracion, con entusiasmo y con deleite; pero al fijar despues mi atencion en la imágen del Pavo, que ha quedado diseñada en mi fantasía, me ha parecido esta imágen tan poética y hermosa, que no puedo compararla sino á uno de aquellos sueños placenteros que nos deleitan por un momento, y que al despertar se desvanecen.

En la magnífica descripcion del Pavo que ha hecho Buffon, hay algunos rasgos de pura imaginacion y verdaderamente opuestos al carácter y hábitos naturales de aquella ave. Es imposible que la fantasía deje de tener parte en una descripcion cuando se trata de diseñar objetos tan pintorescos, tan espléndidos, como lo son comunmente las aves, y mucho mas una ave tan pomposa y gallarda como el Pavo. Cuando muchas personas se reunen para contemplar su belleza, cada una procura manifestar por una comparacion mas ó menos propia la impresion que ha hecho en su alma aquella ave que los antiguos consagraron á Juno, como si la considerasen un homenage digno por su valía de ofrecerse á los mismos dioses. Cuando los espectadores observan la magestad con que el Pavo arrastra su hermosa cola, unos dicen: "se parece á la cauda de un cometa." Pero el rastro de luz que dejan los cometas tiene algo de nebuloso y de sombrío para poderse comparar con la cola del Pavo, atornasolada, tersa y fulgurante. Otros dicen: "es una cauda régia;" y en efecto, hay algo de régio en un adorno tan esplendente y tan suntuoso; pero ¿qué rey arrastró jamas tan rica púrpura? Otros, al ver la cola del Pavo tan resplandeciente, tan leve y tan ligera como una espuma de oro, esclaman: "es la cauda de un ángel!" Y con razon, porque hay algo de celestial en un adorno tan esplendente, magnífico y soberbio. Mayor es la admiracion de los que ven al Pavo cuando levanta como una ráfaga de luz aquella cauda; cuando despliega sus leves plumas para formar con ellas un pabellon de luz, de oro y de púrpura; se diria que era el sol radiando en el ocaso; se diria que era un ángel que abria bajo el arco-iris sus álas refulgentes.

UN ARBOL.

Los que nunca han plantado árboles, no saben cuánto se ama una planta que uno mismo ha sembrado, que ha visto nacer, que ha cultivado, y bajo cuya sombra ha delirado alguna vez con ilusiones juveniles. Hace pocos años descansábamos bajo la copa de un árbol frondoso y gigantesco, y preguntando á un viejo hortelano desde cuándo conocia aquel árbol, nos dijo: "Era yo mancebo cuando lo sembré en una maceta, lo traje á este lugar y tendria ya entonces la altura de una vara; hace como sesenta y dos años que lo trasplanté aquí. Entonces (añadió) era yo un muchacho muy alegre, y ahora apénas veo de viejo." Al decirnos esto se arrasaban de lágrimas sus ojos. Por buenas cuentas, la morera tenia de edad sesenta y cinco años, y el viejo hortelano cerca de ochenta. Todavía vivió mas de diez años trabajando todos los dias, y murió casi sin dolores ni sufrimientos, pues acostumbraba dormitar debajo del moral que habia sembrado, y allí se le halló muerto. ¡Qué dulce placer el de morir bajo un árbol cuya sombra nos cubria cuando jóvenes, y en cuyo ramage murmullaba el fresco vientecillo, cuando nuestros lábios exhalaban ardientes suspiros y pasaban por nuestra mente risueñas ilusiones!

LA SOLEDAD.

La soledad es el recogimiento del espíritu. Cansada nuestra alma de recibir el impulso de cuanto la rodea, se concentra en sí misma, se cubre como el serafin con sus propias alas, y olvida así las tristes realidades de la vida para vagar en un mundo de ilusiones. Así disfruta de la soledad á todo su placer y adquiere nuevas fuerzas.

Es tan natural en el hombre consagrar á la soledad algunas horas de su vida, que el fastidio lo asalta y lo devora aun en medio de los espectáculos mas bellos y ruidosos, como para advertirle que únicamente en la soledad puede encontrar el bienestar que habia perdido.

En las tertulias mas concurridas, en los círculos mas animados, en que los talentos aparecen con sus adornos mas brillantes, el espíritu llega á esterilizarse, y los mismos esfuerzos de la imaginacion para desarrollar sus mas espléndidas creaciones, la reducen á un estado de languidez y de cansancio del que no puede recobrarse sino en la soledad. Por esto la conversacion del hombre solitario es siempre fecunda é interesante. El ha podido concentrar sus ideas en el retiro silencioso: meditando, ha enriquecido su alma con nuevos pensamientos; ha estudiado el corazon del hombre, y sabe muy bien qué cuerdas se pueden pulsar con melodía en este mágico instrumento.

Unicamente en la soledad se pueden escudriñar los secretos de las ciencias, únicamente allí se puede hallar la inspiracion, estudiando esa naturaleza tan bella y misteriosa que se presenta á nuestra vista como un gran libro abierto para todos los hombres, pero cuyos brillantes caracteres no pueden descifrar sino muy pocos.

Esta naturaleza tan árida y tan triste para los hombres turbulentos, tan fecunda é inagotable para los solitarios, les revela á cada momento sus arcanos, vierte sobre ellos su inspiracion é infunde en su corazon afectos de ternura. Las obras mas esplendentes del espíritu, todo lo que está marcado con el sello del genio, todo lo que es una creacion en los pensamientos de los hombres, ha sido una inspiracion de la soledad. Eloisa y Abelardo, Juan Jacobo y el abate Saint-Pierre, Chateaubriand y Goethe, concibieron en la soledad esas obras que los han

hecho inmortales, esos escritos en los que se respira el aire de la soledad y la melancolía de los desiertos.

Retirándose el hombre á la soledad, no por eso se hace misántropo, sino tiene, por otra parte, vivos resentimientos para alejarse de los hombres. ¡Cuánto placer disfruta en la soledad el solitario que ha estado privado de ella mucho tiempo! ¡Qué dulce es el comercio de los hombres para aquel que ha vagado entre los bosques silenciosos, que ha habitado junto á las chozas en las que la ignorancia y la supersticion se cubren con el trage de la indigencia mas horrible; para aquel, en fin, que dando á su espíritu un inmenso vuelo, no ha hallado entre las selvas quien pueda comprender sus pensamientos!

Nada sino la soledad puede calmar esa fiebre voraz que excitan las pasiones. No hay ambicion, no hay deseo de gloria en el corazon del solitario que puede soportar el infortunio, que lo puede soportar todo hasta el olvido de los hombres.

Al principio todo parece triste, frio é inanimado en el universo al hombre que, enardecido por las pasiones, viene ha habitar los campos solitarios; pero al fin se amortigua su fantasía, y con la calma de la naturaleza se serena el corazon. Cuando habitamos en la soledad, nos deslizamos en el torrente de la vida, como la flor que un manso rio se lleva entre sus ondas.

Solo el amor parece que se exalta y se enfureçe en los desiertos. El amor feliz sin duda goza en la soledad de mas delicias; pero el amor desventurado ¿qué consuelo puede hallar en los campos y en las selvas, donde, por el contrario, todo excita á amar con una ternura, con un ardor, que en las sociedades tumultuosas son desconocidos?

Sin duda que es difícil sofocar en la soledad un amor desdichado, y apagar esta última centella de vida que anima al corazon. Pero el hombre apasionado ¿qué consuelo hallaria en una bulliciosa sociedad para aliviar ese infortunio? No encontrará en ella sino hombres dichosos sin simpatías para la desgracia, ú hombres fastidiados de los demas y de sí mismos, ó personas indiferentes que se reirán de su ternura, y para quienes el idioma de las pasiones será ininteligible.

No será así en la soledad. Vagará allí como el ciervo herido por una flecha; pero sus mismos recuerdos de amor, y la melancolía que ellos infunden, serán para él como un bálsamo, derramado en sus heridas. La imágen de su amada aparecerá en el fondo de su alma como la estrella que centellea sobre las ondas de una fuente. Suspirará y le parecerá que el vientecillo lleva su aliento al seno de su amada, perfumado con la fragancia de las flores. Grabará una cifra querida sobre los troncos de los árboles; y escribirá en la arena un nombre misterioso, que pronto borrarán las mansas ondas. En la noche, cuando la luna aparezca como un rasgo de luz entre el ramage de la selva, fijará

la vista sobre aquel astro tantas veces testigo de un amoroso juramento. El habrá perdido cuanto era una prenda de su afecto; pero allí está aquella luna cuyo argentado destello caia sobre la frente de su amada, cuando gemia junto á él de amor y de ternura.....

¡Cuánta ilusion, cuántos ensueños le inspirará la soledad! Su corazon se fatigará al fin de sus delirios, y recobrando la razon, la funesta pasion queda extinguida. Entonces olvidará, por fin, á aquella de quien tal vez estaba ya olvidado.

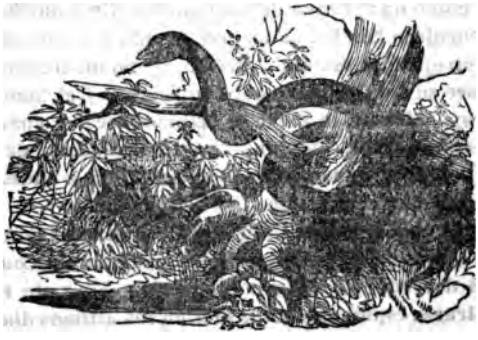
LA VIBORA.

Entre las plantas y las flores, entre el verdor esmaltado de los prados aparece este ponzoñoso reptil, como si el génio del mal le hiciese salir de las cavidades de la tierra para afear con su presencia las mas hermosas obras de Dios, los paisages mas pintorescos y mas bellos. El aspecto solo de este reptil amedrenta á los animales y hace que la sangre del hombre se hiele entre las venas. Cuando las plantas y las flores exhalan su fragancia; cuando los insectos susurran apacibles; cuando el riachuelo se desliza murmullando entre los musgos y las piedras; cuando las aves gorgean entre los bosques, el horrible reptil aparece arrastrándose cauteloso y pérfido, revelándose á su pesar por el sonido de sus cascabeles, y mezclando su espantoso silbido con el susurro de los insectos, con el murmurio de las fuentes, y con el canto armonioso de las aves. Cuando el pastorcillo pulsa en el redil su arpa de una cuerda, la víbora, atraida por la melodía, se acerca lentamente, se enrosca y se adormece, como si las armonías de la música con que el hombre disipa sus pesares, esas armonías que complacen aún á los ángeles, hubiesen sido creadas para deleitar á un reptil tan fiero y sanguinario. Ningun ser está libre de las asechanzas de la víbora, y los animales y los hombres huyen de ella como si fuese el espíritu infernal, transformado por Dios en un reptil horrible, condenado á vivir en la oscuridad, y á no salir de ella sino para hacer mal ó para arrastrarse penosamente sobre la tierra. Ni la ligereza de la liebre, ni la velocidad de los pájaros, los libra de los ataques de un reptil que espia su presa, escondido tal vez entre las flores: que sale de entre la tierra deslizándose cauteloso, y que se lanza sobre la liebre cuando está mas descuidada, y se enrosca en ella y la comprime vigorosa, y la ahoga, haciéndola gritar con un chillido clamoroso. Asusta á los pajarillos con su presencia, los amedrenta, y como si el vaho que exhala de sus fauces tuviese algo de encantador, los adormece y los hace caer de los árboles atónitos y trémulos. Algunas veces, cuando esperamos hallar en un nido á la alhondra ú otro hermoso pájaro, vemos en él con horror á la víbora, enroscada, dormitando y meciéndose entre el ramage de los árboles, ó silbando y sa-

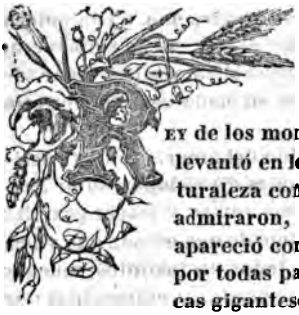
cudiendo sus cascabeles, allí, donde una ave canora hacia resonar su melodiosa voz, enseñando á cantar á sus polluelos.

Durante el invierno, la vibora se retira á su guarida subterránea, y habiendo engullido antes una presa, se adormece con esa especie de letargo á que se ha dado el nombre de *sueño invernal;* el reptil está inmóvil, no vé, no siente, no se percibe ni su respiracion, y cualquiera diria que estaba muerto. Pero apenas siente el calor de la primavera, cuando se reanima y se rebulle, se estira y se desliza, y sale á vagar sobre la tierra; entonces muda de cutis, pero en nada cambia con esta mutacion su instinto depravado.

Cuando llega para estos reptiles la estacion del amor, se les vé activos y bulliciosos atravesar los campos en todas direcciones, subir hasta los troncos de los árboles, colgarse de sus ramas y salvar grandes distancias, pasando por el aire como el reflejo de una espada que vibra entre las sombras. Su amor es feroz como todos sus instintos; muchas víboras de uno y otro sexo se reunen en un punto, y enfurecidas por los zelos se enlazan entre sí con fuertes nudos, silban con horror, y todas á un tiempo sacuden iracundas sus cascabeles, todas vibran sus lenguas mirándose unas á otras, y constriñéndose con fuerza. Sus ojos se enrojecen entonces como dos manchas de sangre, ó chispean como brazas, y sus miradas son siniestras, amenazadoras, centellantes. Desdichado el que se acerca entonces á ellas, porque uno ó mas de aquellos reptiles se lanzará como una flecha, morderá al temerario que fué á ver los horribles misterios de su amor, y el veneno y la muerte circularán con rapidez por las venas de aquel desventurado.



EL POPOCATEPETL.



El de los montes de Anáhuac, hermoso y gigantesco, se levantó en los dias de la creacion, asombrando á la naturaleza con su magnificencia. Los ángeles mismos lo admiraron, cuando disipadas las sombras del caos, apareció como diseñado en el azul del cielo, cubierto por todas partes de umbrosos bosques, erizado de rocas gigantescas, resplandeciendo con la corona de nieve con que ciñó el Señor su frente excelsa.

Desde entonces domina con imponente magestad á cuanto le rodea, y la vista del hombre no se sacia jamas de contemplarlo. Su mole es enorme, su sombra, cuando cae sobre la tierra, cubre á distancia de muchas leguas los collados, los valles y montañas. De su cima baja la tempestad rugiente y formidable; las densas nubes lo cubren de oscuridad y los rayos sèrpentean, arrastrándose por su falda como unos rios de fuego. Algunas veces la cándida niebla cae sobre él como una gasa de plata transparente; y cuando el sol despedaza con sus destellos este velo que baja de los cielos, el Popocatepetl aparece en toda su grandeza. Entonces se vé descollar su enorme mole, cubierta con el verdor sombrío de sus espesos bosques, y la nieve de su sublime cumbre centellea como una corona de diamantes. En la tarde, el magnífico monte se enrojece con la luz del crepúsculo, y las rocas de yelo que lo coronan, enrojecidas tambien, brillan como un hermoso turbante de rubiés sobre su frente. La noche se acerca, y al hundirse en sus sombras el Popocatepetl, la nieve se emblanquece, y cuando toma un ligero tinte azul, aparece como una magnífica diadema de perla. Así se presenta el excelso volcan, cuando se desvanece á nuestra vista, como una gigantesca aparicion que vimos en un sueño.

Monumento grandioso de la naturaleza: la imaginacion se pierde al contemplar cuantas catástrofes y cuantos prodigiosos acontecimientos han pasado al derredor de tí sin conmoverte. Tú viste las ondas del diluvio arrastrarse espumosas á tus piés en los últimos dias de aquella horrorosa inundacion, cuya memoria será eterna entre los hombres. Tú viste á los mares rodar desde los valles y montañas hasta sumergirse en las cavidades en que Dios encerró sus aguas turbulentas. Tú

viste resplandecer por la primera vez el iris de los cielos, cuando el dedo de Dios trazó en el fondo tenebroso de la tempestad sus franjas de topacio y de esmeralda, sus zonas de oro y fuego. ¡Cuántas veces habrás visto vagar en el cielo de México ese cometa que nos sorprendió por su magnificencia, cuando apareció como un arcángel, en cuya frente resplandecia una ráfaga de argentada luz, destello del fulgor de un Dios Omnipotente. Y ese cometa espléndido no lo vieron jamás nuestros abuelos, no lo verán quizá muchas de las generaciones que han de succedernos. Pero los siglos vuelan ante tí como parvadas de aves pasageras; las generaciones han desaparecido á tu presencia como las hojas secas que arrebata en su furor el viento del Otoño; y como se desliza tu sombra, al amanecer, sobre los valles, así has visto desvanecerse mas de una vez la gloria y el poder de los imperios.

LAS MARIPOSAS.

No no busco en la naturaleza sino lo que es hermoso, lo que tiene en su organizacion ó en su fisonomía algunos rasgos de belleza. Hay insectos que inspiran una irresistible antipatía; animales que parece llevan sobre sí la maldicion de Dios para ser perseguidos y esterminados por el hombre; pero hay otros, á los que amamos, porque son para nosotros un objeto de admiracion y de entretenimiento. Entre éstos ocupan el primer lugar las Mariposas. Ligeras y volubles en sus placeres, rápidas y fugaces en sus incesantes correrías, volando radiantes entre el follage de las plantas, mojando sus aletillas con el rocío, esparciendo el perfume de las flores al desplegar su vuelo prodigioso; libando miel en el seno de una flor, como bebian el néctar los dioses en una copa de oro; buscando por todas partes voluptuosidad y amor, parece que por un admirable instinto conocen la fugacidad de su existencia, y se apresuran á saciarse de deleites, antes de que terminen los cortos dias que fijó la naturaleza á una vida tan animada, brillante y pasagera. Ellas pueden decir en la embriaguez del placer, lo que Job decia lleno de penas: *Si mane me quaesieris, non subsistam:* "Si me buscareis mañana ya no existiré."

Pero disipemos el pensamiento melancólico de la muerte, al hablar de las Mariposas, en las que todo es vida, placer y movimiento. Para embellecerlas ha prodigado la naturaleza todas sus riquezas, les ha dado las formas mas hermosas de las flores y sus colores mas espléndidos; la suavidad y lustre de la seda y sus reflejos atornasolados, el brillo de la plata, el esplendor del oro, todo ha servido á la naturaleza para formar el ropage con que ha adornado á tan efímeros insectos. Con razon se les ha dado el nombre de ninfas, de dioses, de séres ideales y fabulosos, que espresen de algun modo lo que hay de aéreo y fugaz en la existencia de la Mariposa, lo que hay en ella de poético y de bello.

Las Mariposas se han dividido en dos grandes tribus, *diurnas y nocturnas;* porque unas pasan su vida y gozan de su amor, sumergidas en un oceano de luz, y revolotean sobra las flores cuando los rayos del sol resplandecen en el nardo y el tulipan, cuando tiñen de grana al clavel y de azul á la hermosa pasionaria; y otras salen á la hora del crepúsculo para vagar entre las sombras de la noche, para buscar vida y amor á la luz de la luna, ó con el resplandor de las estrellas. Las Mariposas nocturnas vagan entre las sombras confundidas con los cucújos, car-

buncios voladores de nuestro pais, y con esas luciérnagas ó mariposas de fuego, que son, en cierto modo, estrellas y luceros de la tierra.

Así las Mariposas diurnas, como las hijas del amor y de la noche, son admirables por la variedad y elegancia de sus formas. En unas especies las álas son casi redondas, en otras ovaladas, en otras ondeadas ó terminadas por recortes muy simétricos. En su contestura esterior. las Mariposas, por lo comun, son afelpadas; la mayor parte de su cuerpo está cubierta de un vello tupido de mucha suavidad y de un lustre sedeño; otras parecen gusanillos de terciopelo tornasol con álas de oro. Los colores y tintes de las álas varian en cada especie de una manera sorprendente. Hay Mariposas blancas y plateadas con manchas de carmin sobre sus álas, otras negras con jaspes de oro, otras azules con algunas chispas de grana, otras de aletillas anteadas y brillantes, otras color de aurora, otras teñidas de púrpura con un polvillo de oro sobre sus álas. En las Mariposas nocturnas los colores son mas opacos, son por lo comun negras como la noche, pardas como las sombras, ó teñidas de un ligero azul como la niebla; para ellas habria sido inútil la variedad de espléndidos colores, que en la lobreguez de la noche serian imperceptibles.

La transformacion de las Mariposas es una de las maravillas mas sorprendentes de la naturaleza. ¡Y esta maravilla, este prodigio, para el comun de los hombres, es casi inapercibido! Cuando vemos que bajo las hojas del tepozán se desliza un gusanillo azul con franjas de oro, que llama nuestra atencion por su belleza, estamos léjos de creer que volará dentro de poco entre las flores, transformado en una mariposa de espléndidos colores. Cuando en las ramas de la asclepia observamos esos gusanos vellosos, á los que no nos acercamos porque queman al que los toca, no pensamos quizá en que despues de una metamorfósis volarán susurrando sin causar daño alguno al que los tome entre sus manos. Así tambien cuando otros gusanos forman su capullo, y se encierran en él y se aletargan; cuando no presentan á nuestra vista sino una telaraña, no creeriamos que al resplandecer el sol de las flores saldrian de allí alígeros, radiantes, sacudiendo sus aletillas leves como una gaza de oro, ó teñidas de púrpura esmaltada.

EL TORO SALVAGE.

Que voz es esa que interrumpe el silencio de la soledad, que resuena en los bosques, y que se escucha entre el estruendo de las cascadas y torrentes?..... Es el bramido del toro que sale de la selva; es el mugido con que el rey de los campos espresa el fiero amor que lo atormenta. Cuando aquella voz magestuosa se oye en la pradera, las terneras mugen tambien de amor: los ciervos braman y atraviesan veloces los collados; relincha el potro corriendo por las vegas, y la zorra se esconde en sus guaridas. ¡Qué bella es entonces la soledad! ¡Qué magestuoso el silencio del campo! ¡Qué delicioso el murmullo del rio! ¡Qué misterioso el susurro que vaga en las florestas! ¡Qué solemne el bramido salvage, que turba el silencio del campo, que interrumpe la calma de la naturaleza y que da vida y animacion á sus magníficas escenas! El toro sale de entre la umbría del bosque, y vagando pausado y magestuoso, recorre con sus miradas la dilatada pradería, contento y orgulloso de su poder, de su bravura y su fiereza. Membrudo y corpulento es, al mismo tiempo, ligero y vigoroso. Sacudiendo la cola, azota con ella sus hijares, y cozea y brama enfurecido, bate la tierra con sus manos y embiste y bufa cuando el menor obstáculo se opone á sus caprichos soberanos. El rugido del leon no le intimida, antes al oirlo lanza bramidos cuyo eco prolongado resuena en las cavernas. Tampoco le amedrenta el tigre sanguinario; si se agazapa para cazarlo, el toro espera á pié firme que se lance; le embiste, le acomete, le hiere en fin, hundiendo en las entrañas de la fiera sus cuernos acerados. Levanta entonces hácia el cielo su cabeza, bramando victorioso, y escarbando el suelo con sus manos se pierde entre una nube de polvo ensangrentado.

Si al vagar por el prado el toro encuentra en él rastros de sangre de algun otro toro que allí ha muerto, olfatea, bufa y retrocede algunos pasos; despues clama con un mugido de dolor, y llama á la manada; los toros vienen entonces de todos los contornos y se juntan á gemir, á sollozar, con un mugido triste y penetrante.

Cuando dos toros están agitados por los celos que les infundió un

amor salvage, se traba entre ellos un combate sangriento y formidable; por un momento las dos fieras se miran frente á frente, escarban el polvo y braman acosados; el mas audaz embiste, y su contrario para el golpe, trabándose las astas de uno y otro; así forcejean, se empujan y luchan para herirse; se separan por un momento; sus cuernos aguzados se vuelven á trabar, se chocan, se frotan y humean enardecidos; cuando respiran anhelantes, exhalan un aliento, que se disipa como un vapor ardiente; sus ojos brillan como unos soles, sus miradas centellean como lumbre entre el polvo que se levanta de la tierra, y su bramido es ronco y prolongado. Entonces se oye la voz del hombre; las fieras se separan y se retiran amedrentadas; porque aquella voz es el mandato del rey de las fieras, del soberano de la tierra. El ha encerrado al tigre en una jaula, como si fuese un pajarillo; ha encadenado al leon y ha domesticado al elefante. El ha domado al toro y le ha obligado á vivir en un redil como un manso cordero; le ha hecho deponer su fiereza y doblar la cerviz para recibir el yugo, sumiso y complaciente. Asi es como vemos cada dia un bello ejemplo del poder del hombre y de su grande inteligencia. Al caer la tarde, y cuando los campesinos se retiran á su hogar, un niño conduce á la alquería al toro que poco ha bramaba feroz entre la selva, al que luchaba con el leon, al que combatia con otras fieras, al que atravesaba magestuoso la corriente, medio cubierto de espuma y asomando su formidable frente entre las espadañas y los juncos, como una de aquellas divinidades selvages á las que los antiguos consagraron los rios y las florestas.

LA CONVERSACION Y LA LECTURA.

Hay momentos en que no se presentan á nuestro espíritu sino ideas tristes y dolorosos pensamientos, ó en los que se agota en nuestra alma la fuente del pensamiento y se estingue en ella toda inspiracion, haciéndose entonces insoportable la aridez y tristeza de la vida. ¿Qué consuelo hallaremos en tan penosa situacion, sino el de consultar á los hombres que tuvieron el don de concebir grandes pensamientos y el privilegio, mas admirable todavia, de espresarlos con dignidad y con belleza? Supuesto que nuestra alma, desgarrada por el dolor, ha llegado á ser para nosotros como un instrumento mudo ó en el que ya no se percibe melodia, supuesto que nuestro espíritu no es ya sino un ábismo sobre el que ningun astro arroja su esplendor, es preciso salir de nosotros mismos, y buscar en la conversacion ó en la lectura un manantial de nuevos pensamientos.

Muchas veces tomamos un libro en nuestras manos con indiferencia y con desprecio; pero una idea feliz, un pensamiento sublime, una imágen risueña ó llena de belleza que encontramos en su lectura, excita en nuestra alma ideas y reflexiones que estaban solo adormecidas, y descubrimos en nuestro espíritu una vena de concepciones que juzgábamos agotada para siempre. La lectura, entonces, nos agrada, y cuando la habiamos comenzado con tedio y con pereza, no podemos dejarla ya sin sentimiento.

No conoceis todo el placer de la lectura vosotros los que gozais á cada instante las delicias de una sociedad culta y benévola. Es necesario haber habitado en la soledad, entregado uno á sus pensamientos; no hallar allí quien simpatice con sus opiniones; no encontrar siquiera analogía entre las ideas que á uno lo dominan y las que ocupan á otros; y lo que es peor todavia, no hallar ideas entre aquellos con quienes ha querido asociarnos la Providencia; es preciso haber soportado una situacion tan triste y tan violenta, para conocer todo el valor de un libro, cuya lectura nos liberte del penoso fastidio de la vida. En tales circunstancias, gustamos principalmente de las lecturas que distraen el espíritu sin fatigarlo, y nos complace sobre todo hallar en ellas al-

gunas ideas nuevas, algunos pensamientos que nunca habiamos concebido, algunas frases inesperadas, algun giro que jamas habiamos dado á nuestra reflexion, y, en fin, alguna originalidad cualquiera que sea; porque disfrutamos al percibir un pensamiento original el mismo deleite con que examinamos las curiosidades que la naturaleza suele presentarnos entre sus raras producciones.

Mas, por útil y entretenida que sea la lectura, al fin llega á cansarnos si no podemos comunicar á otros nuestras reflexiones; porque el hombre, siendo un ser eminentemente social, es por lo mismo esencialmente comunicativo, y la fecundidad de su espíritu lo excita sin cesar á revelar sus pensamientos, como la fertilidad de la tierra hace brotar sobre ella las plantas que en su seno han germinado.

No solamente es agradable la conversacion de las personas de talento; cuando uno sabe acomodar su locucion, y nivelar sus pensamientos á la capacidad de las personas sencillas, principalmente en el campo, encuentra deleite é instruccion al mismo tiempo en conversar con esas gentes ingenuas y veraces (de las que quedan algunas todavia) cuyo corazon, cuyas intenciones se revelan en todas sus palabras, y que han observado muchas veces en la naturaleza lo que se escapó á los sábios de gabinete, lo que no hallamos en los libros de los mas afamados escritores.

No hay mas que un medio para sacar de la lectura y de la conversacion toda la utilidad que pueden procurarnos: tranquilizar el corazon y estudiar con calma la sociedad y la naturaleza. Entonces la lectura excitará en nuestra alma ideas muy elevadas, y la observacion nos sugerirá en nuestras conversaciones, pensamientos felices y espresiones adecuadas para grangearnos la atencion y la benevolencia de los que nos escuchen. Pero si el corazon está turbado por las pasiones, si hay en nuestra alma un delirio vago, ardiente y doloroso que absorve nuestros pensamientos, y nos aleja de la sociedad como de un martirio insoportable, huyamos entonces de las conversaciones turbulentas, y de aquellas tambien en las que no podemos tomar parte sin un esfuerzo mental de que nuestra alma está incapaz. Abandonemos tambien toda lectura, porque recorreremos con la vista muchas páginas de un libro sin que se haya trasmitido á nuestra alma una sola de las reflexiones que en ellas se contienen. Recurriremos pues entonces á la conversacion de las personas sencillas é inocentes, y al trato de los ancianos venerables por su virtud, que sufrieron como nosotros la tormenta horrible de las pasiones; que, aleccionados en la escuela del infortunio saben lo que es dolor, y conocen las armas mas poderosas con que podemos combatirlo.

La conversacion ejerce una influencia muy benéfica en la moralidad del hombre; nos habituamos, por medio de ella á tratar á todos con be-

nevolencia, con urbanidad y con decoro; reprimimos los ímpetus ciegos de las pasiones, dulcificamos el lenguaje para evitar cuanto pudiera haber de ofensivo en nuestras palabras; cedemos, aunque no sea mas que por cortesía, en la tenacidad con que ordinariamente sostenemos nuestro dictámen; aprendemos á respetar en cada uno el derecho que tiene de defender sus opiniones; deponemos, en fin, en el seno de la sociedad la fiereza, rusticidad y egoismo que caracterizan al hombre de las selvas.

Al escribir estas reflexiones en la soledad, se ha renovado con ternura en mi corazon la memoria de tantos amigos distinguidos por su talento y por su ingenio, en cuya sociedad he disfrutado muchas veces conversaciones llenas de instruccion, de interes y de deleite. Algunos de ellos, arrebatados por una muerte prematura, descansan ya bajo el polvo de la tierra; pero viven aun consignados en sus escritos sus nobles pensamientos. Los demas han sido dispersados por la suerte, como los fragmentos de un naufragio que vagan de aquí para allí sobre las ondas. Así separa la Providencia, por muy sábios designios, á los que unidos por la conformidad de sus ideas, por la uniformidad de sus sentimientos, gozarian en el seno de una amistosa sociedad las mas dulces delicias.

LOS CIPRESES DE QUERETARO.

HERMOSOS son los vergeles de este pais, sus bosques y sus prados; hermosos sus acueductos, sus manantiales y sus fuentes; en su alameda el fresno y el sauz, y el álamo de plateadas hojas enlazan sus ramages entre si, y forman bóvedas de verdura, por las que atraviesan como cintas de oro algunos rayos del sol en el ocaso. Por todas partes verdor, por todas partes cristalinas fuentes, y flores y fragancia; por todas partes una vegetacion salvage pero vigorosa, y torres y caseríos que se levantan de en medio de los bosques....

Pero en el fondo de este paisage tan rústico y risueño, vosotros ¡oh cipreses! os levantais esbeltos y sombríos, inmóviles y tristes, como fantasmas de la selva; al anochecer arrojais vuestras sombras sobre los templos, y cubris con vuestra misteriosa oscuridad las tumbas solitarias. Así en medio de las bellezas y de las ilusiones de la vida, aparecen repentinamente en nuestra alma los melancólicos pensamientos de la muerte; como si Dios hubiese querido que esos pensamientos nos recordasen sin cesar la fugacidad y la nada de nuestros ensueños de felicidad, de nuestras halagüeñas ilusiones.

Vivid, místios cipreses; vivid por muchos años y embelleced este suelo feliz, cubriendo con vuestra sombra el polvo de los muertos; ¡Cuántos al anochecer, habrán ido á llorar al pié de vuestros troncos! ¡Cuántos gemidos habreis oido! ¡Cuántos suspíros se habrán exhalado junto á vosotros! Que los hombres dichosos, que las beldades de este pais vayan á vagar entre los vergeles, á escuchar la melodía de la arpa á orillas de una fuente, y á respirar la fragancia del azahar y los perfumes de las rosas. Los desventurados vendrán á vagar entre vosotros, ¡cipreses melancólicos! vendrán á buscar entre vuestras sombras silencio y soledad, calma y sosiego para el corazon, dulces memorias, recuerdos deliciosos; y cuando la luna derrame sobre vosotros su luz, como si os cubriese con un velo de plata, el vientecillo moverá vuestros ramages, y el susurro de la noche infundirá al solitario que os visite impresiones dolorosas y tristes pensamientos.

TERREMOTO DEL 7 DE ABRIL DE 1845.

El cielo estaba limpio, azul y trasparente; el sol vertia á raudales su claridad sobre la hermosa México; su numerosa poblacion se agitaba por todas partes contenta y bulliciosa, cuando súbitamente se conmovió la tierra;.... pero se conmovió con un horroroso estremecimiento; los hombres se desvanecieron, se descoyuntaron sus miembros, y tentalcaban, como si la beodez los hubiese privado de fuerza y de sentido... La tierra se movia aún, oscilaban los grandes edificios. Los hombres estaban lividos, pedian misericordia; se miraban unos á los otros atónitos y llenos de pavor, y la tierra temblaba todavia. Los palacios se estremecian, las torres colosales bamboleaban, y los hombres salian á las plazas, palidos como cadáveres que se levantan de una tumba.

Una espantosa trepidacion sucedió á las horribles oscilaciones de la tierra. Por un momento pareció que el valle de México con sus ciudades y villorios, con sus bosques y colinas se levantaba por un impulso subterráneo, y volvia á caer, como una mole enorme que se desploma en un abismo.... Crugen los techos.... hiéndense los muros y se forman grietas en la tierra como si fuera á abrirse para sepultar á la ciudad en sus entrañas.

Un estruendo se escucha, y se levanta una nube de polvo que á poco se disipa.... La magnífica cúpula del Señor de Santa Teresa no embellece ya el cielo de México, en cuyo hermoso fondo se dibujaba poco ha, como una vision aèrea, como un mágico cuadro de espléndida belleza!.... Un monton de ruinas.... ¡He aquí lo que quedó en un momento, de aquella obra que nos complaciamos en contemplar, porque habia en ella un no sé què de celestial y de divino!

Y nosotros lo vimos ¡oh Dios!.... Nosotros hemos presenciado aquel desastre, y hemos sobrevivido al dia de tu ira!.. Su memoria no se borrará jamas de nuestra alma, lastimada todavía y adolorida de aquella agonía lenta y atroz, sin igual entre todas las penas que pueden destrozar el pecho humano....

LAS AVES ACUATICAS.

Ved aquí una de las tribus aladas que mas embellecen los cuadros de la naturaleza, y que dan animacion á sus magníficas escenas. Sin ellas, seria triste y monótono el aspecto del rio; triste la perspectiva de los lagos. Sin ellas, no tendrian atractivo para el hombre algunas de esas soledades, que parece destinó la naturaleza para mansion de esas aves, que nadan en los lagos cristalinos, que flotan entre la espuma del torrente, ó que habitan melancólicas y silenciosas en la márgen de un rio, ó en las orillas de una fuente. La naturaleza, que ha repartido sábiamente todos sus dones, negó á esas aves la melodia del canto; las hizo casi mudas, pues solo graznan de cuando en cuando, ó interrumpen con un chillido salvage y triste el silencio de sus mansiones solitarias. Pero, ¡qué bellas son, á pesar de eso, esas aves misántropas que no perturban las meditaciones del hombre, ni le distraen de sus recuerdos con un canto que no tiene melodia para un desventurado, que no está en armonia con los pesares de nuestra alma! Entrad á medio dia á los bosques que circundan un lago cristalino: vagad á esa hora por la ribera de un rio: reposad á la orilla de un manantial; no oireis allí sino el murmullo apacible de las aguas, el leve soplo del fresco vientecillo, el graznido de algunas grullas que pasan por el cielo. Allí podeis pensar tranquilamente; allí se adormecerán vuestros pesares; y las horas de vuestra vida correrán allí fugaces como las linfas de las fuentes. De cuando en cuando una parvada de Anades bajará al rio para bañarse entre sus ondas, nadará en ellas contenta y bulliciosa, y romperá su vuelo, mas leve que la espuma que flota en el torrente. Vereis millares de Ansares parados á la orilla de los lagos, silenciosos, inmóviles, como viageros que descansan rendida la jornada. Alzad la vista hácia los cielos, que por allí atraviesa con lento vuelo una familia de Gansos cenicientos; vienen tal vez de climas muy lejanos. Vestido el Pescador con su hermoso plumage azul y blanco, se mecerá en las ramas del sauz, ó volará sobre las aguas, tocando apenas con sus alas las ondas trasparentes. En otro punto del lago pasará á vuestra vista un grupo de Pelicanos, cortando á nado las plateadas aguas, zabulléndose entre las ondas cristalinas. Alguno

de ellos separándose de su parvada, irá á reposar, parado en una rama: allí podreis contemplar á ese viagero, con su plumage blanco como el mármol, con sus alas jaspeadas de verde, con su largo cuello, con su pico en figura de tenaza, con el buche amarillo, que es su red de pescar, y que le da una forma tan estraña. Cuando haya recogido sus alas y doblado su cuello hácia la espalda; cuando callado y melancólico pasa horas enteras en la inaccion, engullendo los peces de que su buche está repleto, os parecerá un forastero que se retira á la soledad, para recrearse en ella con las memorias de su patria. En aquella postura, el Pelícano tiene todo el aspecto de un misántropo, toda la gravedad de un filósofo, meditabundo y silencioso. Cuanto engañan las apariencias! No es mas que un glotón estúpido, que engulle y que digiere. Pero el Pelícano es hermoso y quiere mucho á sus polluelos. Los antiguos decian que cuando no hallaba con que saciar la voracidad de ellos, se heria el pecho con el pico, para alimentarlos con su sangre. Alzad ahora la vista; una Garza desciende de los cielos, bella como una sílfide, poética como un ensueño de amor, y blanca como el ampo de la nieve. Ved como brilla, plateado por la luz del sol, su plumage mas suave que la seda; bajo sus alas está teñido con un color de aurora, en su cabeza flota un penacho airoso que realza su belleza; es la hermosura de los lagos; es la virgen salvage del desierto. No la vereis asociarse con otras aves; tímida y solitaria, reposa horas enteras sobre la rama de un árbol, á orillas de una fuente; allí espera que un pececillo asome entre las aguas; se lanza sobre él, lo clava con su pico agudo y prolongado, vuelve á su puesto, y atisba desde allí su nueva presa. A ratos tiende una ala, pausada y perezosa, recoge su gallardo cuello sobre la espalda, y al mas leve rumor lo estira y lo prolonga, registrando medrosa toda el bosque. Si os acercais á ella, estenderá sus piernas, desplegará sus alas y deslizándose en el viento, subirá rauda y hermosa hasta las nubes.

Pero mirad al rey del lago, al Cisne, que desciende como un ángel, y que al caer describe un círculo de luz sobre las ondas. Su plumage sedeño es aperlado, y como un polvo de oro, se desparce sobre él la luz del cielo. Es la mas bella de cuantas aves viven en los lagos; todas sus formas son elegantes, su cuello airoso, y contorneado. Cuando nada, deja tras sí un rastro luminoso, que resplandece como un raudal de plata derretida; flota como una espuma de oro sobre las ondas azuladas; es, en fin, la mas poética de todas las aves, y se cree que al morir canta armonioso. Ved ahora allí en la playa al Flamante; sonrosado como el rubí, y cuyas alas son color de fuego; ved como se levanta de la tierra, leve como una llama, atraviesa por el aire como un meteoro, y volando, se pierde en el azul hermoso de los cielos.

EL ULTIMO ADIOS

EN LA MUERTE DE D. GENARO RUEDA.

¡POBRE JOVEN! que fué segado en flor por la guadaña de la muerte, derribado como arbolillo que el leñador destrozó, cuando estaba florido todavía, lozano y vigoroso. Su vida ha sido el crepúsculo de un dia que ya pasó. Su porvenir era risueño, lisonjeras sus esperanzas, halagüeñas las ilusiones con que su imaginacion se recreaba algunas veces. Estudioso y dotado de talento, aspiraba á la celebridad, esperaba hacer lo que llama el mundo *una carrera ilustre*, y adquirir para honor de su pais un nombre distinguido. Este habria sido el premio de su dedicacion á la medicina, de su consagracion al estudio de esa ciencia; por alcanzarlo, habia sufrido privaciones, se habia hecho superior al infortunio, habia dejado su pais y su familia; y la esperanza de volver á ver esos objetos que todos los hombres amamos tiernamente, era lo único que hacia soportable su laboriosa vida al jóven forastero. ¡Triste ilusion! Un dia la fiebre le tocó con su mano de fuego, y en un momento se disiparon sus esperanzas, se desvanecieron sus ensueños de gloria, y murió lejos de su pais; murió sin dejar un nombre, sin haber visto realizado un porvenir, que tantas veces se presentó á su imaginacion brillante y placentero.

Pasó como un riachuelo que brota en la soledad, que se desliza apacible y corre murmullando para sumergirse, á poco andar, bajo la tierra.

¡Pobre jóven, cuya vida no ha sido mas que un dia nebuloso, un crepúsculo que se encendió para apagarse en un instante, una sombra que vagó por algunos dias sobre la tierra, sonriendo con afecto, y suspirando con ternura algunas veces!

¡Pobre lirio que se abrió al amanecer, y en cuyo seno dormitó al mediodia alguna mariposa pasagera! Vino á buscarlo por la tarde, cuando ya el segador lo habia cortado, cuando ya estaba bajo el polvo marchito y deshojado!

¡Oh Dios! Acógelo en tu seno, tú cuyo aliento lo animaba en esa vida de un dia que ya pasó; en esa vida, que se estinguió como se ofusca en un instante la exhalacion que pasa por los cielos.

Angel de los sepulcros: tú que reposas sobre su tumba, que cubres bajo tus alas los despojos de su mortalidad; tú que pulsas junto á él tu lira melancólica, recoge estos recuerdos, llévalos á su oido, para recrearlo allí en su soledad, y para consolarlo en su tristeza; llévale el adios de sus amigos, *este último adios*, que es el mas afectuoso y el mas tierno, el que no proferimos jamas sino sollozando, é inundados en llanto nuestros ojos.

INDICE

DE LAS MATERIAS CONTENIDAS EN ESTA MISCELÁNEA.

Introduccion ---------- I
Un pensamiento feliz ---------- 1
La miel de las flores ---------- 4
Recuerdos de la niñez ---------- 5
Una niña cogiendo mariposas ---------- 7
Una hora de fastidio ---------- 8
El suicidio ---------- 11
La última hora de la tarde ---------- 12
El susurro de la noche ---------- 14
La claridad de la luna ---------- 15
Una nube ---------- 16
El relámpago ---------- 17
La lluvia ---------- 18
La tempestad ---------- 19
Las culebras de agua ---------- 21
La arpa de una cuerda ---------- 23
La caida de las hojas ---------- 24
El convento de Guadalupe ---------- 25
El chuparrosa ---------- 26
El aguacerito de Zapopan ---------- 28

El cenzontle ---- 33
El rio de Jonacatlan ---- 35
El incendio de un bosque ---- 37
El caballo salvage ---- 39
El bosque de Chapultepec ---- 41
El ciervo ---- 44
Las bellezas del otoño ---- 46
El desierto de Cuajimalpa ---- 50
La caza de la liebre ---- 52
Los amores de las aves ---- 54
Los sueños ---- 55
El pavo-real ---- 57
Un árbol ---- 58
La soledad ---- 59
La víbora ---- 62
El Popocatepetl ---- 64
Las mariposas ---- 66
El toro salvage ---- 68
La conversacion y la lectura ---- 70
Los cipreses de Querétaro ---- 73
Terremoto del 7 de Abril de 1845 ---- 74
Las aves acuáticas ---- 75
El último adios ---- 77

3 6105 020 319 922